

¡ PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS, SUPRIMID EJERCITOS, POLICIAS,
PRODUCCION DE GUERRA, FRONTERAS, TRABAJO ASALARIADO !

alarma

Ver páginas 16 a 22

Nueva Serie
FOMENTO OBRERO REVOLUCIONARIO
Núcleo M

3er. 4º trimestre 1973

Boletín nº 26-27

BARRUNTOS DE UNA ORGANIZACION PROLETARIA

Dijimos en algún número anterior que el movimiento de huelgas esporádicas, meramente reivindicativas, inconexas en el tiempo y en sus reclamaciones, lindaba con el tope de sus posibilidades, siendo indispensable, para subir otro peldaño, simultaneidad nacional o regional al menos, homogeneidad en reclamaciones materiales de índole superior, y sobretodo en reclamaciones políticas, lo latente y más verídico en cualquier movimiento huelguístico. Todo el aprendizaje y todo el beneficio que la nueva generación obrera podía sacar de las huelgas tal como hasta ahora se han producido, han sido ya adquiridos. Continuar en igual forma, puede conducir al cansancio y a un debilitamiento del proletariado más o menos prolongado, perjudicial siempre. Y eso por muy combativas, bien organizadas que las huelgas locales sean en lo sucesivo, y aunque la mayoría de sus reclamaciones queden satisfechas.

No se trata de una predicción, sino del simple enunciado de algo observable. En efecto, bajo el régimen existente las huelgas fueron, al principio, la ruptura de hecho de la prohibición de las huelgas, el ejercicio, a pesar de la violenta represión, de un derecho elemental no utilizado durante largo tiempo. Por tal modo, que incluso derrotada cualquiera de las primeras huelgas constituía un gran paso adelante. La simple declaración de cada una de ellas era un acto político, un desafío al régimen sacro-fascista con todo su aparato represivo, que se tenía por inatacable e inmutable. En un segundo tiempo, las huelgas, ya frecuentes en el país entero, permitieron al proletariado contender con el capital sobre el precio y las condiciones de trabajo, mejorándolas relativamente, es decir, a costa de una productividad mucho mayor y el consiguiente acrecentamiento de las ganancias capitalistas. En particular, esas huelgas dieron lugar, en centenares de casos, a una solidaridad con despedidos, represaliados y accidentados, del mejor presagio. En fin, dadas las condiciones de regimentación de los "productores" en un organismo oficialmente sindical-patronal, lo que en otros países encubre una legalidad embustera, las huelgas tuvieron que tomar, en todos los casos, el sesgo de huelgas salvajes, el único que consiem-

te hoy a la clase obrera de cualquier país poner por obra una verdadera huelga, determinar sus motivos, el instante de su desencadenamiento y de su cese. Incluso los relevos sindicales de la clandestinidad, Comisiones "obreras" o lo que fuere, tenían que aceptar esas huelgas anti-sindicales, que en otros países sus congéneres se esfuerzan en impedir o en dominar respaldados por legislación y policía.

A partir de ahí empieza a insinuarse lo que podríamos llamar un tercer momento: son entonces los relevos todavía clandestinos del sindicalismo falangista los que intervienen imponiendo o tratando de imponer a las huelgas cotapisas en duración, reivindicaciones y amplitud solidaria, so pretexto de altas consideraciones estratégico-tácticas. En realidad, porque a sus respectivos patrocinadores políticos les espanta una posible huelga revolucionaria de todo el proletariado español. Los partícipes en el "Pacto por la libertad", en la "Asamblea de fuerzas democráticas de Cataluña" y otros chanchullos, tienen ya planeadas las condiciones en que los trabajadores han de ser llevados al post-franquismo sin que desaparezca ninguna de las instituciones fundamentales del franquismo, y desde luego sin que ellos intervengan. Tienen pues que aplacar la natural inclinación subversiva de cada acción obrera, que impedirles su conjunción en una sola acción, o que canalizarla ellos si se produce; tienen que ir restándoles energías por lo menudo, huelga local tras huelga local, y que embarullarlos para que no vean que sin el desbarate de las instituciones del franquismo la explotación y la opresión política seguirían siendo su lote cotidiano. Propaganda política y actos están muy premeditadamente consagrados a cerrarles a los trabajadores la perspectiva, y hasta la idea misma de una acción revolucionaria generalizada. Tal es la intención estratégica del anti-franquismo y del democratismo escuetos, sin contenido proletario, del anti-imperialismo unilateral, que excluye de él a Rusia y a China, del populismo sin distinción de matices, del sindicalismo en cualquiera de sus variantes, y de la propia "expropiación de la oligarquía y de sus trusts por el Estado", mera cancamusa esta última, conducente a la suprema centralización del capital ... y de su explotación tanto como de su represión.

Cierta intuición de lo dicho se percibe aquí y allí entre los trabajadores huelguistas, y de manera más acusada entre los más alertas, intuición que llega hasta el desprecio y el odio de las referidas organizaciones-relevo del franquismo. Ha comenzado así un período de recomposición ideológica y orgánica en la clandestinidad. No es posible estar seguro de que salga de él, sin tacha, la nueva organización necesaria, pero el proceso iniciado no será negativo en ningún caso. Por lo menos representará una etapa hacia el partido revolucionario del proletariado que consentirá sacar a la humanidad del macabro atolladero en que la ha metido el sistema capitalista mundial. Obreros o estudiantes, los jóvenes hacen cara al stalinismo, miran como oportunistas a quienes con él colaboran, ven o entrevén la necesidad de abolir el trabajo asalariado. Uno de sus grupos, víctima reciente de la represión, como se verá en este mismo boletín, adopta como divisa: MAYO 37, es decir, la fecha en que el proletariado español, después de haber derrotado armas en mano al capitalismo, se revuelve en insurrección contra el partido de Moscú, que estaba introduciendo la contrarrevolución capitalista de Estado. Mayo de 1937 es, desde 1917 hasta la fecha, el pináculo de la lucha del proletariado mundial.

La conciencia revolucionaria empieza a perforar, al fin, el espeso manto de inmundicias depositado por el stalinismo durante 50 años. Por pequeños que sean esos grupos, por muy balbucenate que sea su pensar, a despecho de algunos errores, con ellos aparece una perspectiva nueva. Su presencia y la renuencia del proletariado frente a las viejas organizaciones, puesta de manifiesto durante la última etapa de luchas, es una de esas correlaciones de causa a efecto que discurren en la sociedad como por mecanismo molecular, indiscernible en cada uno de sus instantes, pero reconocible

en sus resultados. Su extensión y su maduración teórica abrirán al proletariado una nueva etapa de lucha, y sobretodo la placentera perspectiva de transformar la caída del régimen --no ya la desaparición de Franco-- en caída del sistema, en la victoria de la revolución comunista.

El siguiente texto, que copiamos de un cartel fijado en una esquina, se refiere a uno de los grupos revolucionarios aludidos arriba. Lleva por título, ¿"Gangsters o revolucionarios"?:

A finales de septiembre, el Estado español ha detenido una decena de revolucionarios haciéndolos pasar por gangsters. Tres de ellos arriesgan la muerte. Serán juzgados por un tribunal militar, y podrían ser ejecutados 48 horas después.

Si algunos de ellos, es verdad, han atacado bancos, ha sido para costear la tirada de textos que circulan en el movimiento obrero radical de Barcelona. Si un policía resultó muerto, fué durante una emboscada tendida por la policía política.

Hay que comprender lo que algunos proletarios se ven constreñidos a hacer históricamente. La violencia es siempre el medio de satisfacer una reivindicación: en España, donde el Estado hace disparar sobre los huelguistas desarmados, la violencia surge de manera imedita de las relaciones sociales. La simple redacción o la importación de folletos acarrea años de presidio. Entonces, quienes se proponen resistir a la explotación recurren a la violencia, allí con mayor frecuencia que en otros países.

La democracia ahoga las luchas obreras mediante la política y el reformismo. El fascismo toma menos precauciones, y las aplasta por la fuerza. Reconocer al Estado el monopolio de la violencia es negar a los proletarios el derecho a abolir su condición: el salariento.

Los que han conseguido huir están siendo buscados por la Interpol, como criminales. Los Estados democráticos y los Estados fascistas se ayudan entre sí: las órdenes internacionales de detención permiten entregarlos a la policía española. Peligrarían pena de muerte.

Para salvarlos es preciso esclarecer la verdad sobre la naturaleza real --revolucionaria-- de sus actividades.

No denunciar la mentira es hacerse complice, no sólo del Estado español...

LA VERDAD ES REVOLUCIONARIA

(Léase y difúndase el folleto: "Gangsters o revolucionarios?", publicado por el comité "La verdad sobre los revolucionarios españoles", que puede encontrarse en las librerías).

& & & & & & & &

La lectura de algunos de los folletos editados y distribuidos en nombre de MAYO 37, nos convence sin la menor reticencia de que se trata de revolucionarios que merecen la plena solidaridad, moral y práctica, de todos los demás revolucionarios y de los trabajadores en cualquier parte. Esos camaradas han comprendido que la revolución fué aplastada en España por la contrarrevolución stalinista, que ella hizo posible la victoria de Franco, y que el proletariado necesita imperativamente vencerlo para acabar con el capitalismo. Por otra parte, han mostrado no pertener a la plaga de diletantes autosatisfechos de sus teorizaciones --paja a menudo. Sus propias meteduras de pata muestran que no han temido el riesgo máximo para llevar las ideas a la acción, demostración máxima del ser revolucionario. Así pues, solidaridad y más solidaridad ilimitada hacia ellos. Sólo así se tiene autoridad moral para criticar sus errores. El peor, es evidente, consiste en haber practicado el anticuado método de "la expropiación anticipada" que siempre se ha revelado ser contraproducente. Ojalá lo comprendan para lo sucesivo. Salud, camaradas.

GRUPUSCULACION

(Este texto y el siguiente, contestación al mismo, los hemos recibido casi simultáneamente. Los reproducimos íntegramente. El título del primero es nuestro, pero tomado de él. NOTA DE LA REDACCION).

Estamos en un momento en que la grupusculación y desconexión de los núcleos llamados anarquistas permite toda una gama variada de incongruencias: el abandono de la estrategia para caer en un puro tacticismo y propagandismo; la dispersión de fuerzas; el sectarismo entre compañeros con el mismo proyecto revolucionario; con el abandono, la ineficacia o la traición a la revolución social.

Por otra parte, creemos que esta situación es debida a la desorientación y divergencias de los que hoy aceptamos la etiqueta "anarquista", anarcosindicalista, cenetista, comunista libertario, etc. y que es necesario un esfuerzo de clarificación, evitando todo presupuesto --esto significa partiendo de cero-- que permita cualquier tipo de maniobra, instrumentalización u oportunismo por parte de cualquiera de los que poseen la VERDAD absoluta y la solución MAGICA para los problemas que tiene planteados el movimiento revolucionario.

En este sentido nos parece interesante aclarar que la ineficacia demostrada durante los 50 últimos años por los partidos autoritarios para lograr una transformación revolucionaria de la sociedad hace que el movimiento revolucionario, buscando nuevas formas estratégicas descubra o redescubra lo mejor de la tendencia anti-autoritaria, libertaria o anarquista y en este sentido vivimos una reafirmación de esa tendencia. En muchos casos se llega a esta posición como negación de esas formas estratégicas y de organización conocidas, pero sin concretar la forma de rechazarlas positivamente, (cosa sólo posible con la construcción de otras formas totalmente distintas y contrapuestas a aquellas) ignorando o pretendiendo ignorar que la tendencia anti-autoritaria posee unas concepciones propias sobre los objetivos a conseguir y las formas de conseguirlos que han sido deliberadamente ocultadas, silenciadas, tergiversadas, malinterpretadas y boicoteadas.

Es en este sentido que hay que aclarar que si la realidad (el curso de los acontecimientos, las circunstancias, los hechos) contradice los principios, es que son falsos, y en este caso debemos apresurarnos a abandonarlos, combatirlos y ponernos a buscar principios más sólidos, más justos e infalibles. Si por el contrario, los principios sobre los cuales descansan nuestros objetivos finales y nuestra táctica conservan su consistencia debemos serles fieles y tener bien claro que alejarse provisionalmente de ellos conduce --nos lo enseña la historia-- al abandono definitivo de los mismos, al fracaso y a la liquidación del movimiento revolucionario.

Por otra parte, pensamos que este esfuerzo de clarificación, demostrada la ineficacia de toda otra forma, sólo puede hacerse dentro de un marco organizativo para, delimitados y definidos muy bien de qué principios partimos, en virtud de qué y para qué nos organizamos y en consecuencia cómo, la gente que no quepa se largue.

Y sólo cuando seamos más que unas siglas, sólo cuando haya un contenido, unos principios indicativos, una línea de intervención unitaria a nivel nacional e internacional y unos militantes que la pongan en práctica podrá demostrarse su corrección. Toda otra cosa que se plantee a partir de ahora es ir para atrás.

Así pues el tema base y fundamental es la discusión, ELABORACION Y APLICACION DEL CONCEPTO ANARQUISTA DE ORGANIZACION, con todo lo que esto implica.

Cada vez que los organismos conscientes se reagrupan parte de las formas y experiencia más avanzadas habidas en el desarrollo de la lucha de clases a nivel mundial. Es en este sentido que son válidas para nosotros las experien-

cias a regusto CNTistas: la acción directa de masas, la labor de generalización y extensión de la información y las luchas y la educación de las masas para la misma autogestión de la lucha, el concepto horizontal de organización y de periferia hacia el centro en cuanto centralismo evitando todo centralismo burocrático, la labor de promoción cultural y de lucha contra los valores burgueses en los Ateneos obreros, Escuelas racionales, etc... En fin, la experiencia de autogestión de las colectividades y sindicatos de industria. Es en este sentido que nos declaramos CNTistas, anarcosindicalistas y anarquistas, aunque no nos organizamos en CNT por continuidad histórica o de lucha, sino que se trata de recrear una organización que responda a las necesidades que en el momento actual impone la lucha.

El capitalismo moderno requiere nuevas formas de organización y lucha que roban la vieja dicotomía entre Organización Sindical y Organización Específica al no ser diferente la lucha económica de la política.

Así partimos de grupos de afinidad que reúnen a individuos específicos, que es la forma natural de aglutinación de seres humanos, y aunque pasamos por ello, no es nuestro objetivo la creación de una vanguardia política que mediatice las luchas, y se perpetue como tal, actuando en nombre de la clase obrera, sino el poner los medios para que las masas, que ya desbordan en la lucha a toda vanguardia organizada, puedan prescindir completamente de ella.

La base de cualquier sistema de producción capitalista es la alienación, la pérdida de uno mismo en la creación caótica e inconsciente de un mundo que escapa a sus creadores. Es por ello que no se puede plantear el reformismo o la "humanización" del trabajo ya que la autogestión de la alienación mercantil no haría a los hombres más que programadores de su propia alienación. La tarea no es la autogestión del mundo existente sino su transformación cualitativa ininterrumpida: la superación concreta de la mercancía en tanto que gigantesco rodeo de la producción del hombre para sí mismo. Esto implica como objetivo la supresión del trabajo asalariado y su substitución por un nuevo tipo de actividad libre, la abolición de la fisura entre un trabajo cada vez más desificado y el tiempo libre consumido pasivamente. Es el propio concepto de trabajo el que está en discusión.

En este mismo sentido pensamos que ideológicamente, (como justificación de unos hechos) y por influencia del "ambiente" se ha asimilado excesivamente en nuestros medios el concepto de clase obrera al de proletariado industrial frente al más operativo por más real de, conjunto de individuos que participando en el proceso productivo, no tienen ningún poder sobre la organización y utilización de su vida y de la producción.

No se puede negar la capacidad histórica del proletariado para emanciparse por sí mismo sin negar la capacidad para dirigir la sociedad futura. Así que si creemos en el objetivo de la anarquía, el no-gobierno y si el comunismo libertario es la organización económica y social de la misma, el medio, la forma de conseguirlo, sólo puede ser la Organización Anarquista, la acción --frente a todo tipo de "cracias"--, que por decirlo una vez más no significa que cada cual hace lo que pasa por los cojones a cada momento. (Empleamos esta definición tan cara a los autoritarios de toda procedencia, sabedores de que no conciben otros términos cuando se habla de anarquismo, al mismo tiempo que el copista hace una moción para que se desprostituya, sanee y aclare nuestro vocabulario conceptual).

Así pues, se trata de construir la Organización Revolucionaria que debe ser la mediación necesaria entre la teoría y la práctica, los objetivos y los medios; la mediación entre el hombre y la Historia; entre la masa de explotados y el proletariado constituido en clase, cuyo proyecto esencial es la realización del PODER OBRERO concretado en la Asamblea de fábrica, de la AUTOGESTIÓN GENERALIZADA como única forma de dirección consciente de la vida para el conjunto de los trabajadores, como único medio de llegar a una sociedad sin particiones.

Es por todo lo anterior que la lucha entre el Poder del Capital y el Proletariado Consciente se debe plantear sobre la totalidad, debe abolir todo lo que tiende a reproducir los productos alienados del sistema mercantil definido por el trabajo asalariado, y ello exige una crítica total, radical y constante de:

- la producción mercantil, origen de la división del trabajo y de las clases sociales
- el Estado, aparato de que se sirve el capital para imponer y mantener las particiones
- las Ideologías, justificaciones de la realidad actual, por más disfrazadas de lagarteranas que se nos presenten.

GLOSAS A UN TEXTO ACRATA-NO-ACRATA
(El anterior)

Citémoslo para mejor seguir el hilo de nuestro discurso:

"Estamos en un momento en que la grupusculación y desconexión entre los núcleos llamados anarquistas permite toda una variada gama de incongruencias: el abandono de la estrategia para caer en el puro tacticismo, y propagandismo, la dispersión de fuerzas, el sectarismo entre compañeros con el mismo proyecto revolucionario, el abandono, la ineficacia o la traición a la revolución social".

Esa no es sólo la situación de quienes se dicen anarquistas, sino, igualmente, de quienes se dicen marxistas, excluyendo de este ramal, es decir, del movimiento obrero propiamente dicho, a partidos y sujetos de obediencia mosco-pekinesa, meros traficantes políticos. Y la dicha situación no es española sino mundial, lo que basta para demostrar que su causa trasciende los dos ramales citados, es independiente de su voluntad, se les impone quiéranlo que no, como un momento de una desagregación que requiere ser comprendida --no sólo constatada-- antes de poder transformarla en recomposición y en nueva aptitud revolucionaria.

El texto glosado barrunta lo dicho, aunque sin mirar allende la línea de demarcación anarquista, puesto que pide considerar el problema "evitando toda presuposición, lo que significa, partiendo de cero". El punto de partida queda así bien sentado, a condición de universalizarlo. Y luego, lo más difícil, hay que erigir un nuevo edificio, eliminando con entero rigor crítico cuantas experiencias prácticas y materiales teóricos, estratégicos o tácticos, se revelen errados o inservibles hoy.

Y a continuación:

"En este sentido, nos parece interesante aclarar que la ineficacia demostrada durante los 50 últimos años por los partidos autoritarios para lograr una transformación revolucionaria de la sociedad hace que el movimiento revolucionario, buscando nuevas formas estratégicas descubra o redescubra lo mejor de la tendencia anti-autoritaria, libertaria o anarquista, y en ese sentido vivimos una revivificación de esa tendencia".

Eso es decir no al si que acaba de enunciarse como vector de la búsqueda, es partir, no de cero, sino de una cifra o nivel nada bajo de lo presupuesto tiempo atrás, es una afirmación gratuita impregnada de patriotismo de tendencia, es concluir sin análisis lo que ha de decidirse después de él. Si se quiere realmente partir de cero, excluyendo cualquier presuposición, es obligatorio preguntarse, antes que nada, el contenido verdadero de la contraposición autoritarios - antiautoritarios. Su origen asciende a la ruptura entre políticos y apolíticos en la Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional) y por mucho que se hurgue en ella no se le descubrirá otro contenido que el de la querrela políticos-apolíticos. A su vez, ésta,

examinada en el decurso de las luchas que va desde la Comuna de París y la insurrección cantonal en España; hasta la revolución de 1936 y la guerra civil, sin olvidar la revolución rusa y el episodio de Kronstadt, revélase, no una contraposición entre una tendencia política y otra apolítica, sino una divergencia entre dos políticas. Por muy amplia que aparezca, jamás ha sido otra cosa, porque además de la intervención directa en política, incluso en gobiernos, de los llamados apolíticos, durante las épocas en que creen abstenerse practican de hecho otra forma de política, la del desdén, si no la del avestruz. La abstención en tal dominio es tan imposible como vivir sin respirar o sin nutrirse, so pretexto de que la atmósfera está poluida y los alimentos no son puros. El todo está en determinar con tino qué clase de política se hace y para qué clase social. La burguesía y cuantos estratos sociales se esfuerzan en mantener el capitalismo o en concentrarlo hasta la densidad estatal, son políticos si; mas deducir de ahí que sus explotados han de ser apolíticos es un disparate. También se sirven de los conocimientos humanos, desde el saber técnico hasta la psicología y la filosofía, para afirmar su dominio. ¿Tendrían por ello que declararse los explotados enemigos de cualquier saber, ignorantes, aculturales por vocación y por necesidad emancipadora? Todo el mundo conoce las aplicaciones criminales de la pólvora, el trinitrotolueno y la energía intranuclear. ¿Tendría, en consecuencia, que renunciar el proletariado y con él la humanidad futura, a domeñarlos para fines apacibles? Está claro: cuanto no sea definir una política revolucionaria, hasta el ejercicio de la autoridad por el proletariado en cuanto clase (no, cierto, por un partido, dígase marxista, dígase anarquista) revierte a hacer gorgoritos con las palabras libertad, emancipación, revolución, acracia, etc.

En segundo término, el fracaso en la transformación revolucionaria de la sociedad es el de todas las tendencias. El primer gran revés de la revolución se produjo en 1914, con la declaración de la guerra, al situarse todas las organizaciones conocidas, lo mismo marxistas que anarquistas o anarcosindicalistas, junto a uno u otro de los imperialismos contendientes. El terreno del proletariado fué desertado, salvo por minorías. Mucho peor al producirse la segunda guerra mundial, durante la cual, quién más quién menos toma a su cargo la defensa nacional (resistencia) o participa de pleno grado en ella. Rarísimos y minúsculos fueron los grupos internacionalistas, es decir, que defendiesen en tiempo de guerra los intereses de la revolución mundial, no los del capitalismo en lucha por la hegemonía. En los dos extremos del intervalo se sitúan la revolución rusa y la española. El triunfo de la primera abre un ciclo internacional de luchas revolucionarias; el fracaso de la segunda, después de otras, lo clausura dejando libre curso a la matanza imperialista. En lo acontecido entre una y otra está el secreto de la grupusculación actual, general como dijimos al principio, y también del baturrillo ideológico reinante.

Resumiendo al máximo, lo ocurrido es que la revolución rusa, hecha en la esperanza --fallida-- de repercutir acto seguido en Europa occidental, se atasca, y luego se metamorfosea en contrarrevolución, sin que quepa precisar aquí cómo. Pero el trueque se produjo por caminos totalmente imprevistos, y tan tortuosos, que la contrarrevolución simulaba conservar, mal que bien, algo de la revolución. Los militantes obreros fueron, unos remodelados a imagen de la contrarrevolución (stalinismo), otros desorientados (trozkistas, anarquistas) y metidos, por su propia incomprensión de lo ocurrido, en falsas sendas sin salida revolucionaria. ¿Cómo explicar, si no, que el anarquismo español colaborase con el stalinismo de 1936 a 1939, lo que descalabró la revolución? ¿Asimismo, que Trotzky y la IV Internacional siguiesen hablando de un "Estado obrero degenerado" y viendo en el stalinismo una temible organización oportunista, si, pero no capitalista y contrarrevolucionaria, lo que era desde antes de 1936? El fracaso de la revolución internacional, sin la cual no podía ser transformada en socialista la economía rusa, causó la virada de ésta hacia el capitalismo de Estado, lo que no exime al bolchevismo de errores y culpas en otra parte señaladas. No haberlo visto a tiempo es el grave yerro de las tendencias antistalinistas, y lo que las ha hecho derivar insensiblemente a la derecha cuando teníaⁿ que renovarse a izquierda, hasta fi-

jarlas en posiciones oportunistas o sobrepasadas, de todos modos inservibles para propiciar la revolución venidera.

La grupusculación y el desbarajuste ideológico son el resultado de una disconformidad de la juventud con las antiguas organizaciones, intuitiva, a menudo torpe, pero que busca a tientas otra orientación. Para que cese positivamente hay que encontrarla, y para encontrarla hay que echar por la borda no pocos conceptos y querencias que reblandecen el indispensable espíritu crítico.

En dirección de los conceptos y querencias reblandecedores va, es lástima, la segunda parte del siguiente párrafo:

"Cada vez que los organismos conscientes se reagrupan parten de las formas y experiencias más avanzadas habidas en el desarrollo de la lucha de clases a nivel mundial. Es en este sentido que son válidas para nosotros las experiencias a regusto CNTista: la acción directa de masas, la labor de generalización y extensión de la información y las luchas, el concepto horizontal de organización y de periferia hacia el centro en cuanto a centralismo, evitando todo centralismo burocrático..." etc. "en fin, la experiencia de la autogestión de las colectividades y sindicatos de industria".

El regusto en cuestión no es privativo de la CNT, sino propio del movimiento revolucionario por lo que respecta a la acción directa de masas y a la generalización de la educación y de las luchas, además de que, como enunciado, eso lo acepta quienquiera, incluso el stalinismo. En cuanto a evitar el burocratismo, no es una fórmula orgánica, menos un buen propósito, lo que dará la clave. No hay "sésamo ábrete" antiburocrático horizontal ni vertical, sin detenernos en que la verticalidad puede ir de abajo arriba y la horizontalidad hacia adelante o hacia atrás. Todas las declaraciones y proyectos a tal respecto se quedarán en palabras huera mientras no empiece a efectuarse y se complete la transformación social que ha de suprimir la separación entre trabajadores manuales e intelectuales. En los propios límites de una organización, máxime siendo sindical, se evitará tanto menos cuanto menor sea, en frecuencia y en calidad, la intervención de sus componentes, de la base. ¿De qué naturaleza eran las relaciones entre la CNT y la organización "específica", horizontales o verticales? Evidentemente verticales, lo que no obsta para que el impulso revolucionario de la CNT proviniese casi en su totalidad de la organización específica... y también sus meteduras de pata y sus fracasos. Sin abundar sobre eso, lo que podría hacerse fácilmente, es muy equívoco, y sobretodo peligroso, preconizar la autogestión y rendirle el inmenso tributo de asimilar a ella las colectividades de 1936-37. Una empresa económica cualquiera, autogestionada por sus trabajadores, es una empresa capitalista de grupo, algo así como una sociedad anónima sin otros accionistas que quienes trabajan en ella. Suyos serían los beneficios a repartir o a capitalizar según su albedrío. Sobre tal base, las clases subsistirían o se estratificarían de nuevo, y el Estado no dejaría de seguir ejerciendo de gendarme. Otras modalidades tiene la autogestión, a cual más camelística y contrarrevolucionaria. Baste recordar que utilizan sus engañosas resonancias Tito, Bumedien, Gierak, etc. Las colectividades de España, por el contrario, acometieron, siquiera empíricamente, con torpeza o intensidad varia, la supresión de las relaciones capitalistas de producción y de distribución, que no son sólo las que van del burgués a los obreros. Y en la medida en que permanecieron autónomas entre sí, se crearon dificultades graves y dieron facilidad para su supresión. Lo que necesita la clase obrera es gestionar unitariamente la totalidad de la producción y de la distribución. El prefijo auto sale sobrando si lo que se quiere es eso, pero no si lo que se quiere es que los obreros vigilen y regulen su propia explotación.

En cambio, dice bien el escrito que comentamos: hay que partir "de las formas y experiencias más avanzadas habidas en el desarrollo de la lucha de clases a nivel mundial". Precisar cuales son estas es importantísimo. Helas aquí, a nuestro juicio: en España, la supresión de la relación capital-sala-

riato, que acometieron, sin completarla, las colectividades; en Rusia el ejercicio del poder político por el proletariado a través de sus propios organismos, poder perdido luego. También en España hubo órganos obreros de poder en nivel local, los múltiples Comités-Gobierno. Pero no llegaron a vincularse y a desbaratar el último vestigio de poder capitalista que era el Frente Popular. Se trata de sobrepasar esos niveles impidiendo que el poder pase de la clase a una organización, cualquiera sea, y que las unidades de producción queden desarticuladas entre sí. La producción para el consumo será, por primera vez desde el comunismo primitivo y a una altura incomparablemente superior, la producción y reproducción de la vida humana en condiciones óptimas. Como tal hay que tratarla, no parcelariamente. De ahí depende también, no ya la autonomía, sino la más absoluta libertad de cada individuo, base y expresión de la libertad social.

No puede haber economía socialista o en marcha al socialismo sin poder político obrero, ni poder político obrero que se conserve sin entrar por la senda del comunismo. No existe un comunismo estatal y otro antiestatal. El escrito que comentamos anteye bien lo dicho, puesto que reclama el poder obrero. Sin él, los enemigos de la revolución la destrozarían o la corromperían impidiéndole alcanzar su objetivo. La fuerza organizada de la clase trabajadora ha de velar por la organización del comunismo, modo obligado de alcanzar su propia desaparición como clase y como fuerza impositiva del Estado, es decir, de las relaciones de clase anteriores. Mas no es dicha fuerza la que trae el comunismo, sino la clase en su conjunto suprimiéndose sobre la marcha y suprimiendo a las demás clases y estratos, y su misma fuerza impositiva.

Por ellomismo, hay que alejarse de cualquier tipo de organización sindical, comoquiera se adjetive. En la etapa actual no cabe ya hablar de sindicatos revolucionarios y sindicatos reformistas o amarillos. El ultracrecimiento del capitalismo ha mostrado de sobra que la existencia misma de la organización sindical presupone la del proletariado como clase explotada. El órgano es creado por la función. Y el mismo ultracrecimiento, es decir, más allá de lo necesario para hacer la revolución, por tanto decadente, nos coloca ante la tarea cumbre inmediata de destruir el sistema basado en la relación complementaria capital-salariado. Hay que adecuar a ella los procedimientos revolucionarios. Ninguna querencia anarcosindicalista se revelará fructuosa para el proletariado. La producción regida por los sindicatos, lejos de ser la de la clase, se confundirá con la nacionalización y con la de un partido, o sea, con el capitalismo de Estado. No otra cosa era ya el pacto CNT-UGT de 1938, prueba inconcusa.

Lo más atinado y pertinente del escrito lo dice este párrafo:

"La base de cualquier sistema de producción capitalista es la alienación, la pérdida de uno mismo en la creación caótica e inconsciente de un mundo que escapa a sus creadores. Es por ello que no se puede plantear el reformismo o la "humanización del trabajo, ya que la autogestión de la alienación mercantil no haría de los hombres más que programadores de su propia alienación. La tarea no es la autogestión del mundo existente, sino su transformación cualitativa ininterrumpida: la superación concreta de la mercancía en tanto que gigantesco rodeo de la producción del hombre para sí mismo. Esta implica como objetivo la supresión del trabajo asalariado y sus substitución por un tipo de actividad libre, la abolición de la fisura entre un trabajo cada vez más confiscado y el tiempo libre consumido pasivamente. Es el concepto mismo de trabajo el que está en discusión".

A esas palabras no puede hacerseles sino objeciones menores. La alienación es la base de todo sistema de producción que no sea por y para el hombre, no del sistema capitalista tan sólo. Sobrepasa el hecho material del trabajo alienado, está incrustada en las consciencias a fuerza de milenios de sistemas alienantes. Por ende, no puede desaparecer, tornarse en desalie-

nación, en cabal adveración, sino al cabo de la fusión en uno y en cada persona, del trabajo intelectual y manual, y del tiempo libre con el mínimo de tiempo de trabajo necesario. En fin, y segunda objeción, no es el concepto de trabajo --ya adquirido, por los revolucionarios al menos-- sino su forma concreta de trabajo ajeno a cada trabajador y al conjunto social lo que está, no en discusión, sino en proyecto inmediato de desaparición. El primer paso es la desaparición de las clases económicas, realizable en breve tiempo con los conocimientos modernos. Lo otro vendrá inevitablemente como consecuencia.

El acuerdo con la anterior, que nosotros manifestamos sin ambagos, obliga en rigor a desprenderse de cuanto esté en contradicción con ello, y a concertarse orgánicamente para llevarlo a buen fin. Los lineamientos principales de una organización nueva están dados por el proyecto mismo. A lo uno y a lo otro nos atenderemos los responsables de estas glosas. Ojalá digan lo mismo los autores del escrito glosado. Los cimientos de un edificio jamás construido quedarían echados.

En España, mayo 1973

H. Foral y otros

¿ EL PETROLEO, DE QUIEN ES ?

La interdependencia de la economía mundial, países débiles y fuertes abarrisco, no es nueva, pero nunca resaltó con tan impresionante fuerza como al reducir los países árabes productores sus suministros al mundo Occidental y al Japón. Para obrero, hambre, penuria de muchos artículos, carestía, serán --empiezan a serlo-- consecuencia directa de tal medida. No cierto para las clases y estratos sociales privilegiados, que a lo sumo verán menguados sus enormes beneficios, no la noticia de su vida cotidiana. En los propios países árabes, sufrirán enseguida paro, hambre, etc., los obreros de la industria petrolífera, los otros a continuación, mientras sus gobernantes gastarán en armamento sumas fabulosas y continuarán como si nada su fastuosa dilapidación de sátrapas del tiempo de Artajerjes. Y si la insuficiencia de combustible se prolongase, las consecuencias recaerían en gran escala sobre la totalidad de la clase obrera mundial, sin excluir la de Estados Unidos y Rusia, donde la producción en esa rama basta para sus necesidades internas o las excede. Desde la producción agrícola y de materias primas hasta la de los instrumentos industriales y científicos más perfeccionados, todas las ramas están inextricablemente trabadas entre sí.

Ahora bien, la correspondencia constante, la armonía entre las múltiples ramas es una imposibilidad, no sólo debido a sus numerosos compartimentos nacionales, sino por tratarse, para cada una de ellas y doquiera sea, de viles intereses capitalistas. Cada rama, cada país y grupo de países busca asegurarse el mayor beneficio posible, ciscándose en las consecuencias. La "patriótica" decisión árabe permitió a los gobernantes, en lo inmediato, ganar más vendiendo menos, por conjunción de alza de precios y especulación. Su propia mira estratégica frente a Israel, sirve de estribo a ulteriores beneficios económicos y militares; para ellos y aún mayores para sus protectores.

Hay pues conflicto irreductible entre la unidad de la economía mundial y su organización capitalista. La desorganización del propio sistema resultante de la lucha intensificada de intereses contrapuestos la padecen en realidad, únicamente, las clases que no disponen sino de su fuerza de trabajo como medio de vida. Así ocurre y no puede dejar de ocurrir, porque ser asalariado significa no disponer de los instrumentos de trabajo, de qué y cuanto han de producir éstos, ni tampoco de los bienes producidos, que cada trabajador tiene que comprar al capital después de haberle vendido su fuerza de trabajo.

Sin hablar de otros hechos y razones, eso basta para concluir que los intereses de un grupo explotador, siempre presentados como intereses "supremos" "sagrados", de uno o varios países, son incompatibles con los de la abrumadora mayoría social, los trabajadores "nacionales" y "extranjeros" por igual. Y que por ende, nadie tiene derecho a disponer a su albedrío de lo que concierne a la cla-

SINDICATOS Y REFORMISMO

Las conclusiones políticas del opúsculo de Munis (1) constituyen una denuncia clara de quienes pretenden aún que los sindicatos sirven o pueden servir los intereses del proletariado, sea ahora o después de la revolución. Directa o indirectamente los sindicatos han venido a integrarse en el mecanismo del Estado burgués y tan sólo sirven para encuadrar y controlar a los obreros material e ideológicamente. El trabajo de Munis señala los factores negativos inherentes al sindicalismo, y documenta la transformación de los sindicatos en instrumento de la burguesía a medida que la experiencia de los obreros en diferentes países contraponen sus necesidades de clase a la miralla de la "legalidad" institucionalizada en los sindicatos, que no controlan ni pueden controlar los trabajadores.

Pero si buscamos un análisis desarrollado de los motivos de la transformación histórica de los sindicatos, el trabajo sólo ofrece una base imprecisa. Munis reconoce que los cambios en la lucha de clases remontan en definitiva a cambios en el desarrollo del sistema capitalista mismo. Afirma que durante el período ascensional del capitalismo como sistema, los sindicatos eran reformistas en cuanto luchaban por ciertas mejoras de la condición obrera en el contexto del mercado abierto, regido por el libre cambio. Pero al advenimiento del capitalismo monopolista y del capitalismo de Estado, los sindicatos desempeñan inevitablemente un papel reaccionario, porque el mercado se transforma en un medio despótico, dirigido. Así, según Munis, los sindicatos no pueden ser considerados hoy como parte de un movimiento "reformista". Aunque su transformación en fuerza reaccionaria alcanzó su más neta expresión "durante las últimas décadas", Munis sitúa la transformación de la C.G.T. francesa en 1914 (con su participación en la primera guerra mundial) mientras que considera a la CNT española como instrumento de la clase obrera hasta 1936. Hay incoherencia en ese argumento, y la ausencia de un análisis teórico desarrollado puede socavar la fuerza de las importantes conclusiones prácticas y políticas del opúsculo. Un análisis marxista del problema sindical debe saber ligar ese aspecto de la lucha obrera a la totalidad del capitalismo contemporáneo y a las tareas planteadas hoy a la clase obrera. Un criterio meramente empírico de los sindicatos deja al movimiento indefenso ante los oportunistas, que alimentan la vaga "esperanza" de que un día los sindicatos "recuperarán su antiguo espíritu", cuando --o si-- los obreros los "recuperen". Un análisis errado de las causas de la transformación definitiva de los sindicatos no puede sino sembrar la confusión tocante a la orientación de la actividad obrera hoy. Puesto que el análisis de Munis deja algunos vacíos al respecto, se hace necesaria una explicación más completa.

Las bases fundamentales del sindicalismo moderno aparecieron en todos los países industrializados como respuesta de la clase obrera a las condiciones del capitalismo en el siglo XIX. En cuanto categoría económica dentro del capitalismo, la clase obrera buscaba mejorar sus condiciones de vida y de trabajo mediante una lucha colectiva que contribuyó al desarrollo y a la madurez de su conciencia como clase explotada. El capitalismo continuaba ampliando su capacidad industrial y conquistando mercados. Por lo tanto, el reformismo tenía una base material concreta en la capacidad del capitalismo para conceder a la clase obrera ventajas siempre crecientes, en proporción relativa al incremento de la capacidad productiva. El movimiento sindicalista estaba fun-

(1) Este artículo es crítica de "Les syndicats contre la revolution", por B. Péret y G. Munis. La parte escrita por el segundo fué publicada en inglés, al mismo tiempo que la crítica de Judith Allen, en INTERNATIONALISM, n° 3, revista de un grupo de igual nombre editada en Nueva York. Cual fué convenido con uno de los responsables de esa revista, ALARMA publica la crítica y enseguida la palabra a Munis. No tenemos sino ^{que} discúlparnos por el retraso, enteramente ajeno a nuestra voluntad, como la publicación de este número doble.

damentalmente consagrado a fines reformistas y mientras el capitalismo seguía siendo capaz de conceder reformas, las ideas revolucionarias quedaban en minoría (+).

El reformismo era el centro de convergencia esencial de todo un programa de la clase obrera en el siglo XIX, que abarcaba la participación en los parlamentos burgueses, alianzas con la burguesía "liberal" contra los elementos feudales subsistentes, así como la actividad sindical en la esfera económica. En su versión más negativa, desentendiéndose de toda crítica fundamental de la sociedad capitalista como un todo, el reformismo condujo al abandono completo de la posición de clase y a admitir la creencia en la "evolución" pacífica del capitalismo al socialismo.

El marxismo reconocía la legitimidad de la lucha reformista en el marco de un sistema capitalista cuyas contradicciones internas no alcanzaban todavía el punto crítico. Pero incluso durante el período anterior a la primera guerra mundial, el ala izquierda de la socialdemocracia previno reiteradamente contra la confusión del objetivo reformista con el objetivo revolucionario. Lenin se alzaba contra el economismo vulgar, mientras Rose Luxemburg señalaba enérgicamente el peligroso factor subyacente en la complaciente táctica reformista de los socialdemócratas alemanes y franceses. Con el desencadenamiento de la primera guerra imperialista mundial, toda el ala izquierda de la Segunda Internacional fué unánime afirmando que se iniciaba un nuevo período de guerras y revoluciones que desmoronaba el programa reformista y con él la socialdemocracia.

La guerra fué la expresión violenta y cruda de la crisis del sistema capitalista. A medida que disminuían las posibilidades de abrir nuevos mercados, las crisis capitalistas cíclicas, de sobreproducción se convertían en crisis permanente de un sistema obligado a nutrirse de su propia destrucción en gran escala. La era de la movilización militar en masa, de enormes gastos armamentales, de la estatización de la economía, del corto respiro de la supuesta prosperidad mientras las contradicciones internas del capitalismo preparan nuevas y más destructivas crisis y guerras, esta era de decadencia del sistema, marca el término de la aptitud capitalista para conceder a la clase obrera importantes y durables reformas, marca el principio de un período de convulsiones sociales.

Los sindicatos quedaron indeleblemente marcados por la ideología del período reformista. Su meta no menos que su forma orgánica, dejaron de ser adecuadas a las necesidades de la lucha de la clase obrera. Y aparecieron nuevas formas de auto-organización proletaria, capaces de responder a las necesidades de un período de lucha revolucionaria: los soviets o consejos obreros. En 1919, cumbre de la actividad revolucionaria, el primer congreso de la Tercera Internacional reconocía la necesidad de ahincar la importancia de los Consejos obreros: "La catástrofe de la guerra imperialista ha barrido todas las victorias de los sindicatos y de las luchas proletarias... Los viejos sindicatos y partidos políticos se han revelado incapaces de comprender y mucho más de resolver, los problemas planteados por el nuevo período. El proletariado ha creado un nuevo tipo de organización que abarca a todos los obreros,

(+) Los revolucionarios que intentaban impregnar los sindicatos de contenido revolucionario explícito quedaban encerrados en el dilema de incluir sólo a la minoría revolucionaria consciente y por tanto ser ineficaces en la obtención de reformas durables de importancia, o bien ceder^{por} completo a la presión de la ideología reformista. Los sindicatos revolucionarios fueron un paso transitorio, una tentativa de combinar el reformismo con el objetivo revolucionario. El sindicalismo revolucionario y el anarcosindicalismo fueron creados por un movimiento proletario todavía sin madurez. La degeneración de tal ideología puede ser observada desde 1914 acá, después de la experiencia de los soviets.

independientemente de la profesión o del grado de desarrollo político, una forma flexible, capaz de incesante renovación, de incesante ensanchamiento... Esa irremplazable organización de autogobierno proletario, en lucha por el poder y conquistándolo al fin, ha sido puesta a prueba de experiencia en muchos países; constituye la más poderosa arma del proletariado y de su victoria en nuestro tiempo" (Manifiesto de la Internacional comunista, 1919. En "Les quatre premiers congrès de l'Internationale Communiste". Reimpresión. Maspero, Paris 1970. Pg. 19).

Pero la incapacidad para llevar el periodo revolucionario hasta su término victorioso repercutió en inmadurez ideológica y en regresión política subsecuente dentro de la Tercera Internacional. Poco a poco, resurgieron las viejas nociones reformistas: "conquistar" los sindicatos, unión con los líderes "rehabilitados" de la socialdemocracia, participación en las asambleas legislativas burguesas. Los dirigentes bolcheviques respaldaron cada vez más la idea de una "infiltración" en los viejos sindicatos, que suponían ofrecerles la oportunidad de "tocar las masas". Mas, tocar las masas a través de instituciones burguesas comporta el peligrosísimo resultado de reforzar el poder que dichas instituciones ejercen sobre la clase obrera. El opúsculo de Munis tiende a minimizar la responsabilidad de Lenin y de Trótsky en esa táctica oportunista. Munis afirma que la naturaleza reaccionaria de los sindicatos no estaba entonces bien clara. Pero no era ese el caso: los datos fundamentales del problema sindical estaban todos presentes y Munis desestima la importante contribución al problema, del movimiento comunista de izquierda. La izquierda de la Tercera Internacional (el KAPD y Gorter en Alemania, Pankhurst en Inglaterra, Pennekoek en Holanda) se opusieron vehementemente a la táctica oportunista afirmando que mientras la vanguardia revolucionaria obrera trataba de poner en pie nuevas formas de lucha (comités de fábrica, consejos obreros, movimiento de shop stewards) (1), las directivas de la Internacional servían sólo para dificultar su tarea. Los comunistas de izquierda sostenían que la táctica oportunista desorientaría cualquier consciencia revolucionaria, sin conseguir jamás su mítica infiltración de la corrompida forma orgánica sindical. Durante cincuenta años, los ideólogos leninistas han seguido manteniendo "el aspecto potencialmente positivo" de la "utilización" de los sindicatos para constituir una base revolucionaria. Pero está claro que lo que ha sido utilizado es el movimiento obrero.

El sindicalismo correspondía a un período particular de luchas obreras. Su forma estaba determinada por su contenido reformista. Los sindicatos agrupaban sólo una minoría de la clase obrera, justo lo necesario para permitir hacer presión sobre la clase capitalista. Los sindicatos organizaban a los obreros según el modelo del sistema capitalista mismo: según oficios, empleos, aptitudes, sectores industriales. Los sindicatos fueron burocratizándose a medida que el capitalismo se hacía más complejo. Las relaciones jerárquicas se convirtieron en norma a medida que los sindicatos penetraban en el terreno de la legalidad burguesa. Las reclamaciones económicas fueron la preocupación exclusiva de los sindicatos y la visión política del sistema quedó relegada a un sector diferente: los partidos políticos. Pero, mientras el reformismo fué una perspectiva válida, los sindicatos seguían desempeñando un papel en la mejoría de la situación obrera.

Pero siendo el reformismo una ilusión en el período de crisis permanente, el papel de los sindicatos convirtiéndose en el de movilizar a la clase obrera tras de la burguesía, en la paz como en la guerra. Garantizan la subordinación de las demandas obreras al criterio capitalista de aumento de la productividad y de competencia comercial. A un sistema en peligro, los sindicatos le aseguran la canalización mansa de cualquier descontento peligroso que amenaza derrocarlo. Los sindicatos se han convertido en pilares fundamentales de la perduración del capitalismo. Quienes hablan de "los buenos tiempos de

(1) Shop Stewards: delegados obreros en Inglaterra designados por votación democrática, pero sujetos al consenso sindical. (Nota del traductor)

antaño", de la CIO por ejemplo, rememoran una aplastante derrota. La CIO fué el mecanismo perfecto concebido y auspiciado por Roosevelt y sus colaboradores "obreros" para asegurar la canalización de los obreros, descontentos durante la crisis, y a despecho de las valerosas luchas de los obreros de base su "victoria" fué una ilusión.

La CIO emprendió, entre otras tareas, la de introducir la aceleración de cadencias y otras formas de "racionalización" en el proceso productivo (incremento del porcentaje de explotación de los obreros); ayudó a introducir las horas extra obligatorias (aumento de la jornada de trabajo) y a facilitar el despido obrero en masa. Pero la verdadera naturaleza de la pretendida "victoria", en nada se ve tan bien como en los millones de obreros muertos y heridos a quienes los sindicatos contribuyeron a movilizar durante la segunda guerra imperialista mundial. Raras personas han expresado mejor y más entusiásticamente el papel desempeñado por la CIO como agente directo del capitalismo en la prosecución de la guerra imperialista, como William Z. Foster, líder del Partido Comunista:

"Los obreros deben ponerse a la cabeza y aceptar de grado todos los sacrificios necesarios para llevar adelante la guerra; deben hacer de la defensa de la nación en esta crisis el supremo Norte de todas sus actividades...

La responsabilidad de desarrollar al máximo la actividad bélica de la clase obrera no es de aquellas que los sindicatos pueden asumir o rechazar, según lo consideren conveniente. Se trata de un imperativo categórico que la historia les dicta. El cumplimiento de esa gran tarea es imperativo no sólo para la realización del mayor esfuerzo de guerra posible, sino también para la prosperidad y el progreso de los sindicatos mismos. En este período crucial, estando en juego la vida misma de nuestra nación, el movimiento sindical puede crecer y fortalecerse vigorosamente, únicamente si sus dirigentes tienen consciencia clara de su responsabilidad histórica como organizadores de la clase obrera para la guerra".

Independientemente de su pasado, el porvenir de los sindicatos es la misma tumba que los diversos mecanismos de represión perfeccionados por el Estado capitalista.

Por contraste, los consejos obreros no son una organización permanente que pretendan representar a la clase obrera en todos los tiempos. Aparecen sólo en períodos de lucha revolucionaria y desaparecen con la derrota. Su forma la determinan las tareas de la revolución proletaria misma. Los consejos obreros reúnen a todos los obreros sin distinción de sector industrial o de categoría de trabajo. Históricamente fueron organizados en la forma democrática de más largo alcance: delegados electos y revocables en los lugares de trabajo y responsables ante las asambleas obreras. Aunque los consejos obreros tienen su origen en los centros de producción, conjugan la meta política y la económica y combinan las funciones legislativa y ejecutiva. El porvenir de los consejos obreros consiste en reagrupar a la clase obrera, enfrentarse con el capital y servir de base a la dictadura del proletariado.

Los consejos obreros señalan la culminación de un largo período de conflictos de clase. En la medida en que hoy la clase obrera intenta librarse del agotamiento sindical surgen nuevas formas de lucha, precursoras de la aparición de los consejos. Las huelgas salvajes se han convertido en un fenómeno internacional durante los últimos años (+). A pesar de que muchos movimientos salvajes han tenido hasta ahora objetivos limitados, algunas luchas han llevado a un enfrentamiento directo con el orden social. La auto-organización de los obreros al margen de la estructura sindical es ^{el} sine qua non de la lucha de clases hoy; es el único camino abierto a la defensa de las posiciones de clase.

(+) Ejemplo de la fuerza potencial de las huelgas salvajes o extra-oficiales, lo dió este verano la ola de huelgas en Inglaterra. Los obreros de

Contrariamente a la aserción de Munis, que los sindicatos han abandonado su función reformista y adoptado una posición reaccionaria, es el propio reformismo el que se ha convertido en reaccionario, en medio del capitalismo actual. El programa reformista entero ha dejado de ser válido y sólo puede servir como diversión, para arrastrar los obreros tras de ilusiones que protegen los intereses de la clase capitalista. Que Munis no ha asimilado por completo la futilidad de las formulaciones reformistas, lo demuestran sus proposiciones tocante a demandas transitorias. Las reclamaciones de "reducción de la jornada de trabajo a 5 o 6 horas sin disminución de paga", de negarse "a todo incremento de la productividad que no redunde en beneficio de la clase obrera", de "libertad completa en los lugares de trabajo", son simplemente utópicas en el seno del capitalismo, como reconocerá indudablemente el propio Munis. Esa clase de demandas puede servir como punto de partida para determinadas luchas obreras, pero únicamente en la medida en que las luchas obreras las sobrepasen desafiando las bases fundamentales del sistema evitaran tales consignas el caer en descarado reformismo. Munis parece rechazar el sindicalismo sin rechazar por completo su contenido: reformismo huero, incluso no limitándose a simples demandas de salario. Prolongado fuera de las estructuras sindicales, el reformismo puede ser un grave obstáculo al desarrollo ulterior del movimiento de huelgas salvajes. Una consciencia parcial cuajada en programas y consignas de transición es el instrumento más fácilmente co-optable por la burguesía. Reclamaciones utópicas no pueden movilizar a la clase obrera sobre una base de clase, en particular siendo postuladas por revolucionarios cuyos análisis demuestran su futilidad.

En el trabajo de Munis tales reclamaciones aparecen como mero non sequitur a la lógica de los argumentos. Pero para la izquierda, y en particular para los trotskistas, esa clase de reclamaciones constituyen la base del programa que ofrecen. El trotskismo en todas sus variantes continua la farsa de actuar como director de orquesta que conduce a la clase obrera de campaña en campaña de "agitación". No sólo muestra un desprecio supremo por la clase obrera, que "tiene que hacer su propia experiencia" como un niño, sino que contribuye a reducir su consciencia a un nivel más bajo, a fin de poder "dirigirla". Los izquierdistas impacientados por las dificultades de abrir paso a la revolución, desilusionados por el supuesto hecho de que "nada queda" después de las huelgas salvajes, buscan la comodidad en algunas consignas reformistas de inmediato efecto. Lo único que queda cuando una lucha salvaje se eclipsa provisionalmente, es la consciencia clara de los objetivos y las necesidades de la lucha de clases: la única arma de que dispone la clase obrera para guiar su acción en el futuro, en medio de la crisis capitalista.

Hoy, los sindicatos y el reformismo en general marcan las fronteras de clase. La única clase a que sirve una rehabilitación y un reforzamiento del sindicalismo es la burguesía.

Judith Allen

las principales industrias abandonaron el trabajo en huelga de solidaridad, no sindical, mostrando neto contenido de clase y político. El descontento generalizado de los obreros británicos, abrumados por el paro en una economía estancada, han hecho de Inglaterra uno de los países de Europa de más huelgas, y la devaluación creciente de la libra contribuirá a empeorar el nivel de vida obrero. La combatividad y la solidaridad de la clase obrera es la única respuesta positiva a las condiciones de crisis. El consejo sindical se vió obligado a secundar el movimiento para conservar su posición; su táctica consistía en cortar el paso a un movimiento nacional y en favorecer las reclamaciones de sectores específicos de la clase obrera, a fin de prevenir cualquier movimiento generalizado. El Partido Laborista fué su brazo leal, empujaba al "arreglo", al mismo tiempo que procuraba utilizar las huelgas como pieza suplementaria en su plan electoral contra los Tories oponiéndose a la ley sobre las relaciones industriales, ley que él mismo preparó.

Contestación al artículo anterior
LIO TEÓRICO Y NETITUD REVOLUCIONARIA

El artículo que acaba de leerse no es una crítica de la obrita "Los sindicatos contra la revolución". A lo sumo, arguye lo que puede sobre lo que la autora cree haber entendido de su lectura y de otras ideas de antiguo definidas por el movimiento revolucionario. Por lo tanto, la contestación es superflua desde el punto de vista teórico. Bastaría consignar: no se refiere a lo escrito, para que cualquier lector atento verificase, cotejando los textos respectivos, que no existe correspondencia entre lo criticado y la supuesta crítica. Hay que replicar, empero, no sólo procurando eliminar sorderas en la discusión, sino poniendo también en claro algunos puntos más que turbios en lo expuesto por la camarada Judith Allen.

La camarada ha emprendido su crítica porque en el trabajo mio no encuentra "un análisis desarrollado de los motivos de la transformación histórica de los sindicatos", "apenas una base imprecisa". Mejor que una crítica, quiere presentar "una explicación más completa", sin "empirismos", ni "yerros sobre las causas de la transformación definitiva de los sindicatos". Lo primero pues es localizar esa explicación. Empieza así, párrafo tercero: "Las bases fundamentales del sindicalismo moderno aparecieron en todos los países industrializados como respuesta de la clase obrera a las condiciones del capitalismo en el siglo XIX". Ciertamente, pero eso está mucho mejor expuesto y razonado en la parte del libro escrita por Benjamin Péret (no publicada por Internationalism) y nada tiene que ver con lo que se discute. Enseguida añade la camarada Allen: "Por lo tanto, el reformismo tenía una base material concreta en la capacidad del capitalismo para conceder a la clase obrera ventajas crecientes, en proporción relativa al incremento de la capacidad productiva. El movimiento sindicalista estaba fundamentalmente consagrado a fines reformistas, y mientras el capitalismo seguía siendo capaz de conceder reformas, las ideas revolucionarias quedaban en minoría".

Discúlpeme la camarada Allen la brusquedad con ^{que} veo obligado a decirle que eso no es un comienzo de explicación, sino la introducción a un lio teórico. Además de ella, hay numerosos revolucionarios para quienes concesiones del capitalismo al proletariado y reformismo son una y la misma cosa. Que se tomen el trabajo de leer o releer "Reforma o revolución", de Rose Luxemburg. Cuando un revolucionario utiliza la voz reformismo, no debe hacerlo sino en la acepción que adquirió con Berstein, Hilferding y compañía, a saber, pretensa posibilidad, para la clase trabajadora, de modificar evolutiva y legalmente la estructura capitalista, hasta desembocar en el socialismo. El capitalismo no es ni ha sido jamás reformista, cual asume la camarada Allen. Su aptitud para transformarse y para hacer concesiones al proletariado, cualesquiera fueren, es congénita al sistema, está inscrita en la relación social capital-salariado. Consúltese ese pobre e ignorado Karl Marx. Con el empleo que la camarada Allen y tanto otros hacen del término, habría que considerar reformista cualquier mejora consentida por el capital, de grado o por fuerza, el propio capitalismo como sistema sería o habría sido un sistema reformista en el sentido estricto, el de Berstein. Y persiguiendo hasta sus confines la lógica en movimiento de dicha identificación, en el reformismo quedan prendidos, siquiera sea por inadvertencia, cuantos la incorporan a sus nociones. En apoyo de lo dicho, releáse lo escrito con tan profundizador propósito por la camarada de Internationalism: "Contrariamente a la aserción de Munis, que los sindicatos han abandonado su función reformista adoptando una posición reaccionaria, es el propio reformismo el que se ha convertido en reaccionario en medio del capitalismo actual. El programa reformista entero ha dejado de ser válido y sólo puede servir como diversión..." etc. (Párrafo 14).

Se ha convertido en reaccionario, ha dejado de ser válido, el programa reformista. Luego fué válido y no reaccionario en concepto de nuestra o nuestros críticos. Hay pues en ellos proclividad reformista retroactiva, suscep-

tible de convertirse en activa y actual, si por cualquier razón se convenciesen de que el capitalismo hogañero sí consigue hacer concesiones a sus explotados. A eso lleva la mezcolanza teórica inadmisibles entre mejoras de la clase obrera dentro del capitalismo y concepción reformista de la lucha obrera. Esta última no era "el peor aspecto del reformismo", sino su único aspecto, y ni ella ni las concesiones al proletariado tuvieron nunca el carácter necesario para todo el siglo pasado que les atribuye Edith Allen, menos significación revolucionaria. Mal pueden, por consecuencia, haberlo perdido. Tampoco podían los sindicatos abandonar una posición reformista que nunca fué la suya contrariamente a la opinión que imputa la camarada referida. Así está dicho más de una vez en "Los sindicatos contra la revolución, a comenzar por el texto de Péret.

Según dicha concepción, el reformismo es toda una época del capitalismo y del movimiento obrero en su seno, tan insoslayable, que "las ideas revolucionarias quedaban en minoría". ¿Cómo explicar entonces que a pesar de todo se tratase de una minoría mucho más fuerte, en número y en calidad, que los malos grupos en que viven confinadas, y a las veces raquitizadas, en nuestra época, cuando la necesidad de revolución es mucho más perentoria? Ese hecho innegable contradice la interpretación del capitalismo-reformismo que la camarada Allen se ha elaborado. Su aparente misterio estriba, díjolo resumiendo al máximo, en que durante la oleada revolucionaria anterior, primera tentativa de revolución mundial, el proletariado fué vencido por las que seguían pareciendo sus propias organizaciones, en primer término por la Tercera Internacional al servicio de la contrarrevolución stalinista rusa, en manera alguna por la burguesía. Fraguando en capitalismo de Estado, la consolidación de la contrarrevolución rusa repercutió en consolidación del sistema mundial, le consintió su crecimiento post-bélico, y de propina reblandeció el pensamiento de gran parte de revolucionarios. Ahí tienen su origen los peores aspectos de la actualidad en cada país e internacionalmente. Pero aquí me limito a consignar que a cada derrota de la revolución el capitalismo hallará un respiro y un crecimiento económico, sin nada que ver ya con su viabilidad como sistema.

El argumento más fuerte que añade la camarada Allen a su incongruente definición, helo aquí: "A medida que disminuían las posibilidades de abrir nuevos mercados, las crisis capitalistas cíclicas, de sobre-producción, se convertían en crisis permanente de un sistema obligado a nutrirse de su propia destrucción en gran escala. La era de la movilización militar en masa, de los gastos armamentales enormes, de la estatización de la economía, del corto respiro de la supuesta prosperidad mientras las contradicciones internas del capitalismo preparan nuevas y más destructivas crisis y guerras, esta era de decadencia del sistema, marca el término de la aptitud capitalista para conceder a la clase obrera importantes y durables reformas, marca el principio de un período de convulsiones sociales". (Párrafo 6). Y en el párrafo 10, la conclusión: "Pero siendo el reformismo una ilusión en el período de crisis permanente, el papel de los sindicatos convirtiéndose en movilizar a la clase obrera tras la burguesía, en la paz como en la guerra. Ellos garantizan la subordinación de las demandas obreras al criterio capitalista de aumento de la productividad y de competencia comercial. A un sistema en peligro, los sindicatos le aseguran la canalización mansa de cualquier descontento peligroso que amenace derrocarlo. Los sindicatos se han convertido en un pilar fundamental de la perduración del capitalismo".

Con eso está terminada la prometida "explicación más completa", sin "empirismos", de la naturaleza de los sindicatos. No hay otro análisis. El resto del artículo --y en buena parte también eso-- es mera descripción de acontecimientos o de hechos consumados, puestos a contribución con desigual tino. Y bien, casi todo lo citado de la camarada Allen es erróneo, y lo acertado carece de base teórica y no hace al caso para lo que se discute. A fin de verlo más claro hay que reducir:

1 - Los sindicatos siguen siendo reformistas; no han cambiado.

2 - Lo que ha cambiado es el reformismo, válido en otro tiempo, ahora no válido y reaccionario.

3 - Es reaccionario porque el capitalismo ya no puede consentir mejoras durables al proletariado, supuesta su carencia actual de bases económicas reformistas.

4 - En fin, el papel reaccionario de los sindicatos limitase a enganchar el proletariado al carro de la burguesía y a sacarla de malos trances (el texto dice "garantizar", "asegurarle" a la burguesía, imprecisión terminológica que rebasa el pensamiento de la autora).

Lo anterior da, para comenzar, este contrasentido: ausencia de base económica reformista, pero continuidad reformista de los sindicatos. Se ha leído: los sindicatos "garantizan la subordinación de las demandas obreras al criterio capitalista de aumento de la productividad y competencia". Es decir que el reformismo, según la mixtura embutida en la palabra por la camarada, sigue existiendo y manifestándose económicamente en las demandas sindicales. Además, no advierte la camarada que el aumento de la productividad ha sido siempre la condición previa o la consecuencia inmediata de las concesiones materiales obtenidas por los asalariados. Nada se demuestra pues con tal hecho, que no argumento.

En segundo término, el reformismo verdadero nunca fué válido y siempre fué reaccionario por relación a necesidades y posibilidades del proletariado. Hace tiempo que dejó de existir, habiendo reconocido los descendientes de sus representantes no ser otra cosa que "buenos administradores de los negocios capitalista" (Leon Blum) y declarándose al fin compatibles con el sistema, parte de él (socialdemocracia alemana, italiana, sueca, laborismo británico). Carece sencillamente de sentido, por no decir algo peor, hablar hoy de reformismo, aplíquese a los sindicatos, a los partidos dichos socialistas o a los stalinistas.

Por consecuencia, para quienes concuerden con la camarada Allen, la prueba del carácter reaccionario de los sindicatos reposa única, exclusivamente, en la imposibilidad de arrancar al capitalismo mejoras estables. Ahora bien, eso es un simple aserto² contrastar con la realidad, no una demostración, y menos un análisis teórico.

Yo no voy a afirmar o a negar aquí su exactitud, porque lo uno o lo otro es indiferente para el problema discutido. La incompatibilidad absoluta de los sindicatos con la revolución no procede de la contingencia de unas mejoras inalcanzables en el seno del capitalismo, como las uvas para el zorro de la fábula. Aun en el caso contrario, permanece la incompatibilidad y también el carácter reaccionario de tal organización. Lo que engendra dicho carácter es esencial, accidental, es intrínseco y no extrínseco a los sindicatos; no es otra cosa que su propia función reivindicativa. Están directamente interesados en que hay³ algo que reivindicar, cosa imposible sin que el proletariado siga siendo indefinidamente proletariado, fuerza de trabajo asalariada; los sindicatos representan la perennidad de la condición proletaria, vender la fuerza de trabajo a su compradores es condición de su existencia actual, al mismo tiempo que prepara su existencia futura, se verá a continuación. Representar la perennidad de la condición proletaria conlleva aceptar, si no representar también, la perennidad del capital. Los dos factores antitéticos del sistema han de conservarse para que el sindicato realice su función. De ahí su profunda naturaleza reaccionaria, independientemente de los vaivenes que modifiquen, para mal, para menos mal o para mejor, la compraventa de la mano de obra, jugarreta clave del sistema. Al margen de ese análisis, o con cualquier otro errado, se puede, a lo sumo, constatar lo que son en la práctica los sindicatos, pero no descubrir⁴ por qué, lo indispensable para derrocar su imperio.

No más allá de una constatación fué la izquierda comunista alemana, cuyo acierto en ese aspecto respecto de Lenin y Trotzky está reconocido en

"Los sindicatos contra la revolución", al contrario de lo que me reprocha Edith Allen. Constatación y no más es también la de dicha camarada, sin que tenga ella la disculpa de los comunistas de izquierda alemanes, en cuyo tiempo (1918-23) la enemiga de los sindicatos a la revolución (ya vista en 1917, durante la revolución rusa) semejaba una simple capitulación ante la burguesía, un adaptarse a sus intereses. La verdadera naturaleza de los sindicatos aparece entonces tan imprecisa, si; que incluso algunos comunistas de izquierda alemanes, emigrados a Estados Unidos, ingresaron en la I.W.W., la organización anarcosindicalista ^{tan} poderosa entonces.

En repetir dicha constatación consiste el bagage anti-sindical de quienes concuerdan con el anterior artículo. Y la constatación, deducciones tácticas aparte, no se distingue en nada importante de la apreciación bolchevique, que luego hizo suya la IV Internacional. Ahora bien, que los sindicatos sean incompatibles con la revolución es tan sólo una consecuencia, y no la más importante, de su propia actividad como organismos. La venta de la fuerza de trabajo obrera, que es su especificismo, hace de ellos uno de los estamentos del sistema, de él inseparable y con él modificable. Pero la trabazón de los sindicatos con el mundo de la explotación es mucho más trascendente y peligrosa que sus más sucias conchabanzas con la burguesía y sus gobiernos. Estas últimas preparan día a día, en nuestras latitudes, otra función venidera, en parte a ciegas, en parte deliberadamente, bajo el impulso de la ley de concentración de capitales, mas no sin inspiración concreta de lo que ya acontece en buena parte del mundo. En efecto, ¿a qué burguesía viven sometidos los sindicatos de los países en que economía y poder político se hallan reunidos por entero en el Estado? Sencillamente, en ellos los sindicatos ya no son vendedores, sino compradores de la fuerza de trabajo proletaria, como parte de la depositaria general del capital que es el Estado. El siervo se ha transformado en señor. Su función cerca del capital variable les ha llevado a la copropiedad indivisa del capital constante. El recorrido del capitalismo individual y el de los sindicatos se funde y confunde en la centralización suprema de la economía y del poder político.

Todo lo anterior está mejor desarrollado en el opúsculo que nos ocupa, "Los sindicatos contra la revolución". Si alguien lo duda, que lea o relea ese trabajo, en particular sus últimas páginas, pues yo no tengo intención de extenderme aquí dando citas de mi mismo. Me basta lo expuesto para decir a la camarada Allen: he ahí la perspectiva mundial en movimiento, de los sindicatos como parte del capitalismo en cuanto sistema. En ella debe cimentarse la táctica y la estrategia de los revolucionarios, no en las rutinarias, muy incompletas y a veces demagógicas acusaciones de sometimiento a la burguesía.

Por añadidura, ni siquiera es serio denunciar los sindicatos por no ser capaces de obtener unas mejoras que de antemano, por principio --en realidad por artículo de fe-- se declaran inalcanzables. La renuencia o la diligencia sindical en la obtención de mejoras, proviene de la ausencia o la presencia, en cada instante, de factores muy varios, desde la depresión ó la presión del proletariado, hasta las incidencias políticas nacionales y las relaciones inter-imperialistas. Verdad que el ideal de los sindicatos es hoy no reivindicar sino aquello que está a punto de ser concedido por el capital, a mayor generalización, lo que encaja en la programación dirigista. No obstante, negarles toda otra posibilidad es obnubilación de quienes no perciben que precisamente por ser parte integrante del mundo capitalista, los sindicatos y sus mentores políticos pueden ir tan lejos como necesite éste en cuestión de concesiones. Serán el canal de las mismas, y llegado el caso podrían forzarlas. Por ende, su puesta en acusación por los revolucionarios debe basarse en que, reivindiquen lo que reivindiquen, obtengan lo que obtengan, hacen cada día más pesado el imperio del capital sobre el trabajo. El problema de la clase trabajadora está en ponerse en condiciones de no tener que reivindicar nada, y en lo mas inmediato, en alejar de sus relaciones con el capital a esos agentes del mercado del trabajo que son los sindicatos.

Y bien, es la mencionada naturaleza de los sindicatos, de futuros copro-

pietarics del capital y compradores de la fuerza de trabajo, la que no se podía ver claro durante el decenio 20; tan poco claro, que nadie la previó. La cronología de la lucha de clases, es decir, de la historia, se nos impone. No se puede reprochar sin ligereza a Lenin y a Trotzky el no haber comprendido un fenómeno todavía mal perfilado. ¿Cuántos lo ha asimilado hoy, incluso entre los nuestros? Fué necesario el fracaso de la revolución, su metamorfosis en contrarrevolución, para que el capitalismo en Rusia, cerrada la perspectiva de desarrollo de la propiedad privada, burguesa, se adentrase en una acumulación estatal, y para que los sindicatos, a su vez, dejaran al descubierto todo su contenido y aparecieran, por así decirlo, de cuerpo entero.

Ese proceso es el de la degeneración del sistema capitalista en su conjunto y por lo tanto no es rectilíneo. Tiene lugar con altibajos en el tiempo y sobretodo en el espacio, es decir, en los diferentes países. Si a la camarada Ellen le parece incongruente que yo señale la transformación de la CNT española en 1936-38, dos decenios después de que el sindicalismo europeo se sumase al sanguinario patriotismo burgués, que se queje del proceso histórico mismo; yo no lo fabrico. En cambio, la CNT cayó de golpe en el capitalismo de Estado, mediante el Pacto CNT-UGT, sin pasar por la degradante defensa nacional, como todo el sindicalismo de los beligerantes en 1914-18. Sólo cabe añadir, para evitar una visión unilateral a quienes no han leído el opúsculo de que se trata en esta discusión, que los sindicatos son también, digan lo que digan sus estatutos, entidades políticas dominadas por partidos y tendencias más o menos percatadas de su pertenencia al mundo del capital. Por ello mismo, una tendencia revolucionaria debe mostrarse hoy tan incompatible con los sindicatos y sus mentores políticos como lo son éstos con la revolución social.

Ahora cedo una vez más la palabra a Judith Allen:

"Que Munis no ha asimilado por completo la futilidad de las formulaciones reformistas, lo demuestran sus proposiciones tocante a demandas transitorias. Las reclamaciones de "reducción de la jornada de trabajo a 5 o 6 horas sin disminución de paga", de "negarse a todo incremento de la productividad que no redunde en beneficio de la clase obrera", de "libertad completa en los lugares de trabajo", son simplemente utópicas en el seno del capitalismo, como reconocerá indudablemente el propio Munis. (...) Munis parece rechazar el sindicalismo sin rechazar por completo su contenido: reformismo huero, incluso no limitándose a simples demandas de salarios. Prolongado fuera de las estructuras sindicales, el reformismo puede ser un grave obstáculo al desarrollo ulterior de huelgas salvajes. Una conciencia parcial cuajada en programas y consignas de transición es el instrumento más fácilmente cooptable por la burguesía. Reclamaciones utópicas no pueden movilizar a la clase obrera sobre una base de clase, en particular siendo postuladas por revolucionarios ^{cuyos} análisis demuestran su futilidad". "En el trabajo de Munis, tales reclamaciones aparecen como mero non sequitor a la lógica de los argumentos".

El rigor terminológico es a todas luces parte constituyente del rigor teórico. Sin él no puede tener lugar una discusión seria, porque una misma palabra designa ideas diferentes para los interlocutores; menos aún puede hacerse, sin él, un análisis inequívoco de cualquier problema. Ya se ha visto al principio de esta réplica que la terminología de la camarada Allen ^{es} tan borrosa, que desliza tres nociones diferentes dentro del término, reformismo: las reivindicaciones salariales, las concesiones del capitalismo y el verdadero reformismo. En la última cita abunda todavía añadiendo otras dos nociones, el "Programa de transición" y reclamaciones como las nuestras. Cinco nociones distintas en un sólo reformismo inexistente hoy en parte alguna del mundo. Eso es echar vocablos-exorcismo unos encima de otros, caigan como caigan.

Lo primero a responder a nuestra amable crítica es que Munis está lejos de reconocer que las consignas por ella citadas sean utópicas en el seno del capitalismo. Han sido formuladas a sabiendas de que, en determinadas condi-

ciones, si podrían realizarse dentro del actual sistema; sabiendo, por añadidura, que en otras condiciones también podrían ser utilizadas con miras contrarrevolucionarias. No hay truco que nos ponga a salvo de esas trampas, porque nada, absolutamente nada está a cubierto de utilización aviesa. No ya las huelgas salvajes, repetidamente utilizadas con fines sindicales y hasta stalinistas, ni siquiera las consignas "revolución comunista" y "abolición del trabajo asalariado", no digamos la de "consejos obreros" en que con tantos otros la camarada Allen ve un talismán. En cambio, como realizaciones de la revolución en pleno ímpetu, las consignas referidas abordan, junto con otras no citadas, la abolición de trabajo asalariado por los asalariados mismos. En tal dirección apuntan. Pero sin duda es pertinente recordar aquí a Marx, vista la parte de hagiología que aparece como residuo en tantas consciencias revolucionarias. ¿No ha repetido él que la solución al problema de la clase obrera tiene que empezar por una disminución importante de la jornada de trabajo? ¿No ha machacado a saciedad que el capitalismo es, ante todo, la extracción de plusvalía? Y los aumentos de salario que el capitalismo otorga, por vía sindical o por su propio querer, ¿no proceden de un aumento del producto de cada trabajador, a quien se le da como incentivo una minúscula parte de su propio producto adicional?

Con la ideación de la camarada Allen --que no le es privativa, repitámoslo-- reformistas son también las huelgas salvajes y cualesquiera de sus peticiones, y reformista sería la propia reivindicación de libertad de los huelguistas perseguidos. No caen en cuenta que incluso una modesta reivindicación de salario --pronto nula, si no antes de obtenida-- tiene significación diametralmente opuesta según sea obtenida por la representación sindical-capitalista o por huelga salvaje no devuelta al redil sindical. La importancia de estos movimientos reside, mucho más que en sus reclamaciones, en que contribuyen a romper el grillete sindical y a restituir al proletariado su acometividad potencialmente invencible. . Más vale hoy la derrota de una huelga antisindical que cualquier victoria impartida por los sindicatos. Esta taponan el camino a luchas revolucionarias, aquella lo va jalonando y consiente a los trabajadores una experiencia propia.

La creencia de que el capitalismo nada puede crear ni conceder una vez alcanzada su fase decadente, asunción clave de la crítica anterior, viene rodando de texto en texto, desde los de Lenin y Trotzky hasta los de Internationalism y otros grupos afines o adversos, los trotskistas actuales englobados. Y desde entonces, una y otra vez los hechos han demostrado lo contrario. Pareció verdad durante algún tiempo, en el intervalo de las guerras imperialistas, pero esta segunda post-guerra ha presenciado un auge enorme del capital y por consecuencia del capital variable, o sea de la masa salarial. Ha habido aumento del consumo de cada obrero, al mismo tiempo que una pauperización tremenda relativamente a la totalidad de la riqueza social. Negar lo primero es pseudomaterialismo, es acomodar los hechos a una idea, que se revela así prejuicio. Pero quienes continúan erre que erre proclamando esa negación lo hacen porque no comprenden que pueda haber sublevación del proletariado y revolución, sino por una catástrofe económica que produzca necesariamente la conciencia revolucionaria en millones y millones de trabajadores hambrientos. Contemplan la revolución como resultado del no funcionamiento del sistema, en lugar de verla como respuesta a su funcionamiento, dicho con mayor exactitud, a la exorbitancia de sus características funcionales. Debido a ello, no porque sea incapaz de mantener en su actual nivel la esclavitud salarial, el capitalismo es ya un tipo de civilización nocivo y atentatorio al devenir inmediato de la humanidad. La decadencia se manifiesta en que sus virtudes de ayer se convierten, tanto como sus defectos, en otras tantas llagas purulentas que reclaman el hierro cauterizante de la acción proletaria.

Somos^S los revolucionarios los primero^S en tener que adquirir conciencia de ese hecho, a fin de hacer frente al capitalismo, sus sindicatos comprendidos, con soluciones de clase, es decir, tendentes a la desaparición de las clases, para cada problema y para el conjunto de ellos. Es lo que persiguen las demandas citadas por la camarada Allen y otras resumidas así: poder, ar-

mas, economía al proletariado. No obstante, importa reiterarlo, ni aún median-
te eso quedaremos a cubierto de utilizaciones dolosas (vulgo de mala leche)
ni de retorsiones contrarrevolucionarias anteriores o posteriores a la toma
del poder por el proletariado. Para ponernos a salvo, es menester que la pro-
ducción de mercancías sea substituida por la producción de bienes consumibles
por quienes los necesitan, sin compra ni venta. Si la camarada Allen o quien-
quiera están en el secreto de algún otro remedio, tóngan a bien revelárnoslo.
Se trataría, puede asegurarse, de magia, no de conocimiento teórico.

En cuanto a concesiones posibles por parte del capitalismo, basta haber
visto, o conocer en detalle, un proceso revolucionario, para saber que pue-
den ir siempre muy lejos. En el porvenir, aprovechando su experiencia y las
"faces humanas" de tanto pseudocomunista y pseudosocialista, se hallará en
condiciones de ceder aún más terreno llegado el caso, con miras a recuperarlo
luego con creces. Nada más elemental en la lucha de clases.

Repita ahora si lo cree indispensable la camarada Allen, que las referi-
das consignas son un non sequitor a los análisis de que^s desprenden. Por mi
parte, yo arrojé la pluma.

Septiembre 1973

G. Munis

TEXTOS DE FOHENTO OBRERO REVOLUCIONARIO

Llamamiento y exhorto a la nueva generación	1 franco
Pro SEGUNDO MANIFIESTO COMUNISTA (bilingüe: español-francés)	9 "
Les syndicats contre la révolution	6 "
JALONES DE DERROTA: PROMESA DE VICTORIA (España 1930-39)	32 "

Pedidos y giros a nuestra dirección: Mlle Nicole Espagnol
125, rue Caulaincourt
75018 Paris - Francia

A cuantos interese ponerse en relación con nosotros desde España, les re-
cordamos que la mejor manera es por medio de cualquier persona residente en
otro país.

COPIENSE Y DIFUNDANSE LOS TRABAJOS DE ESTE BOLETIN QUE SE CONSIDERE CONVENIENTE

(viene de la página 10)

Se trabajadora mundial, es decir, a la humanidad. El petróleo de los yacimientos
dichos árabes, no pertenece a la alta canalla de esos países, ni siquiera a sus
trabajadores privativamente; es de todo el mundo. La solución está en su expro-
piación por los trabajadores de los referidos países, pero en nombre del prole-
tariado mundial y poniéndolo a disposición del proletariado mundial. Y déjese
la imbécil grito pro árabe (léase pro-rusa) a quienes se colocan al margen del
batallar revolucionario por el comunismo, o contra él.

Necesítase sólo añadir que la actitud revolucionaria comporta simetría en
cualquier dominio. La industria y todas las posibilidades científicas de Occi-
dente, de Rusia, el Japón, etc., deben ser expropiadas también por los trabaja-
dores y puestas a disposición de la comunidad mundial. Los poderes capitalistas
concertarán sin duda un arreglo diplomático, si no lo impone "manu militari" el
más fuerte, o bien prepararán otras fuentes de energía. Se manifestará aún de
mil modos la contradicción entre la unidad del sistema y su forma capitalista.
La engendra la producción mercantil mediante la mercancía trabajo obrero. Preci-
sase suprimir ésta para que se establezca la armonía entre las ramas de produc-
ción, y entre ésta y el hombre. La revolución es necesidad mundial urgente.

M A P A M U N D I P O L I T I C O

Chile: civiles y militares

Los revolucionarios no deben permitir que su recriminación del poder militar y de la represión en Chile se confunda con la grito hipócrita de unos, que silencian y defienden la represión incesante en zona rusa o en China, ni con las jeremiadas de los oportunistas, que mezclan su voz a la de aquellos después de haberles arrimado el hombro políticamente, y no sólo en Chile. La nuestra es una recriminación terminante y completa, porque en nombre de la revolución comunista mundial, es una protesta de clase; la de aquellos, es la de rivales de los militares en el juego del capitalismo mundial y de las grandes potencias. En el caso de los oportunistas, es mayido mortecino de quienes se encuentran atrapados en el mismo juego.

La represión contra los trabajadores industriales y agrícolas no la han empezado los militares. Existió siempre más o menos, la practicó desde su llegada al poder el gobierno Allende echando mano de los mismos militares además de la policía, y la junta de Pinochet la extrema y la extiende hasta la propia Unión Popular, donde se entreveran pseudo-socialistas, stalinistas y cristianos. Es la represión de la coalición allendista, su política general, la que explica la intervención del ejército y su criminal represión. En las últimas horas de su presidencia y de su vida, Allende incitó los trabajadores a apoderarse de las fábricas y clamó por su ayuda frente al ejército. Era reconocer que después de tres años de gobierno suyo los trabajadores no tenían conquistas que defender. En efecto, hasta entonces, era Allende quién recurría a ejército y policía para desalojarlos de fábricas, minas y tierras ocupadas. Es evidente que la ola de ilusiones suscitada en las masas por la victoria del líder "socialista" hubiera bastado y sobrado para socializar la propiedad y disolver los cuerpos represivos. Pero los partidarios de la Unión Popular, hasta el MIR pro-chino y trotskizante, tenían por objetivo centralizar el capital nacionalizándolo, no suprimirlo. Buscaban deliberadamente el capitalismo de Estado, en manera alguna la revolución comunista. En tales condiciones, el llamamiento postrero de Allende es comparable en falacia al de Mussolini decretando, ya expulsado de Roma, la república social y el control obrero. En suma, los trabajadores fueron rechazados, desmoralizados y puestos a disposición de cualquier fuerza bruta, por la Unión Popular. Habría sido la suya propia caso de no intervenir los militares.

El comunismo como movimiento es una lucha por romper la esclavitud salarial. Nada en absoluto tiene de común con cualquier proyecto de reorganización del capital y del salaríato dentro de un país o en el mundo. Ciertamente, la impostura stalinista, la más vil y amenazante de todos los tiempos, sigue esforzándose en hacer pasar por socialismo el redoblamiento de la esclavitud salarial por el Estado patrono exclusivo. Así la expropiación de la burguesía y de los trusts se hace, no en beneficio del proletariado; de la sociedad, sino de un trust de trusts. La superchería es doble: por tal camino se lleva deliberadamente a término el proceso natural de concentración del capital, y mientras los trabajadores de un país no lo padezcan sobre sus costillas puede hacerseles creer que ese es el camino del socialismo. El lema inconfeso del stalinismo y sus compinches, helo aquí: ¡Viva el Estado patrono, legislador y polizonte absoluto! No otra era la meta de la Unidad Popular chilena.

Implicación importantísima, si no clave de dicha superchería: rinde pingües beneficios económicos, políticos y paramilitares al imperialismo del rublo frente al del dólar. Amparándose en ella ha penetrado Moscú en Asia, en Africa, en la zona petrolífera del Islam, en Cuba... y en la mente de numerosos intelectuales en todas partes. Eso ha desempeñado un papel considerable en el desenlace de la tragicomedia chilena. El imperialismo yankee no podía permitir que otro país americano, además de Cuba, se le fugase a la órbita rusa. Y por otra parte, ni Allende ni quienquiera, por muy prevenido que

esté, podrá hoy despegar de la zona de Wall Street sin ser captado por la zona del Kremlin, y a la inversa. Esa hazaña está reservada a la revolución proletaria, comunista de necesidad. No son las nacionalizaciones lo que verdaderamente espanta al gobierno estadounidense, sino, que, una vez efectuadas, pasen a depender comercial, técnica y estratégicamente del imperialismo ruso. Los militares no han andado remisos en declarar que mantendrían las nacionalizaciones de las compañías americanas decretadas por Allende.

Ha intervenido también en el desenlace, no cabe duda, la mentalidad de la pequeña burguesía y de parte de la grande. No sólo no estaban aún maduras para la centralización máxima del capital, sino que, ignorantes y pacatas, tomaban por verdad lo que era mentira, la designación socialista, comunista de los pilares gubernamentales, y por mentira o ardid lo que era verdad: la organización de la economía chilena en capitalismo de Estado. Empero, la motivación decisiva del ataque militar fué la desmoralización del proletariado, día a día ahondada por la política de Allende y compañía. El ejército sabía a ciencia cierta que los trabajadores no opondrían resistencia, no tanto por carecer de armas, cuanto por carecer a la sazón de combatividad. Destruídas las ilusiones del principio por la realidad gubernamental, no veían ya motivo verdadero ni imaginativo de lucha. Para lanzarse a la calle contra el ejército habría hecho falta que por lo menos una fracción importante del proletariado se hubiese organizado, meses antes, en tajante oposición revolucionaria a los falsarios de la Unidad Popular. Pero en ese caso, probablemente habría continuado la colusión socialo-militaro-stalinista, hasta el choque de ésta con la clase trabajadora en insurrección. Tal era la senda revolucionaria.

No hay solidaridad sino ficticia con los trabajadores chilenos, sin mostrar que llevan responsabilidad decisiva en la ferocidad militar, en primer lugar quienes aplaudieron al gobierno Allende, en segundo sus sostenedores críticos. En cada hombre ejecutado, en cada torturado, en cada encarcelado, se percibe la marca de unos y otros, en filigrana de la marca militar.

Por lo demás, de lo que habría sido la victoria completa y estable de la Unidad Popular da idea cabal la presencia de la hija de Allende en Moscú, el mes de octubre, durante uno de esos "congresos" de propaganda imperialista rusa llamados por antífrasis "pro paz". Allí fraternizaba con los hombres que mantienen a docenas, si no a centenares de millares de obreros y de intelectuales en campos de trabajo forzado, mientras en cárceles "psiquiátricas" vecinas al congreso, gimen bajo la metódica tortura del "tratamiento" los opositores políticos internados por locura. Sus ayes se confunden con los ayes de los torturados en Chile y en tantos otros países; sus torsionarios son equiparables entre sí.

Sinaí, el desierto

La cuarta guerra israelo-árabe está metiendo al mundo por los ojos lo que las otras anteriores celaban a la parte más conservadora de la opinión obrera dicha de vanguardia. La total dependencia de los beligerantes respecto de los jefes de fila imperialista ha ido, descaradamente, mucho más allá de los suministros bélicos. Si no ha habido concierto de Moscú-El Cairo con Washington-Israel para desencadenar hostilidades limitadas con vistas a un retrazado territorial de antemano aceptado por Moscú-Washington, estas dos capitales --no el Cairo, no Jerusalem-- convinieron el alto el fuego y lo impusieron a sus respectivas tropas indirectas. En lo primero obliga a pensar la repetida declaración de Kissinger (el verdadero presidente de Estados Unidos tocante a política exterior) sobre las facilidades de un arreglo diplomático "en caliente", o sea en plena matanza. La misma sospecha hace surgir el permiso de Moscú, más su aporte material, al cruce del canal de Suez sabiendo que los ejércitos egipcios no podrían penetrar en el Sinaí sino escasos kilómetros. Al parecer, había que conceder a Sadate un laurel militar ^{para} que accediese a tratar con "el Estado judío". No es de creer que el avezado espionaje israelita y el constante de los satélites artificiales yankees ignorasen los largos preparativos de la operación. En toda caso, es incontestable que Rusia y Estados

Unidos se habían concertado de antemano sobre los lineamientos principales de la paz a imponer a sus respectivos protegidos. Pero una guerra moderna, por limitada que sea, no se deja regular como las maniobras bélicas de los "condottieri" italianos del siglo XVIII. Había tanta connivencia como miedo en el llamado de Kossiguin a Kissinger: Venid y tratemos, antes de que sea demasiado tarde, hecho justo cuando el ejército israelita se adentraba en el lado egipcio del canal, lo que sin lugar a duda se salía de todo lo previsto. Horas después de la entrevista ruso-americana, el Consejo de Seguridad de la ONU, mudo y parálitico hasta entonces, "daba" la orden de Alto el fuego, sin que China interpusiese su veto. Mientrastanto, Rusia se preparaba a intervenir directamente en la guerra y los Estados Unidos ponían su dispositivo atómico en alerta número 3 (la escala de alertas es descendente y el 4 es continuo). Una vez decidido el alto el fuego desde Moscú, Kissinger no tuvo sino que pasar por El Cairo, Jerusalem y otras capitales beligerantes, para recoger aprobaciones como por encanto. Miles de hombres egipcios, judíos, sirios, etc. se han matado entre sí, enormes riquezas han sido destruidas, para llegar... a una distribución de intereses y de influencias entre Washington y Moscú. De todos modos será provisional. Mas sin equivocación posible, la visita de Kissinger a Pekín sobrepasa en importancia a todas las de su periplo. Allí habrá quedado bien apalabrada la neutralidad de China caso de guerra ruso-americana, en cambio del apoyo de Estados Unidos caso de guerra ruso-china.

He ahí el perfil y los entresijos, amén de los secretos americano-rusos, de una guerra tan de afirmación nacionalista y racial por ambas partes. Que los Sadate y los Golda Meir, hasta cualquier Arafat o Abbache prosigan la macabra ficción, corresponde a sus intereses de clase y de vasayos. Que los partidos stalinistas vuelquen su aparato propagandístico engañabobos del lado árabe, a menudo en compañía de sus propios Estados burgueses (también Franco agita el estandarte de "la justa causa de los pueblos árabes") también concuerda con sus intereses y su formación de fámulos de un imperialismo. Pero a quienes se les suman diciéndose enemigos del stalinismo, a los izquierdistas de cualquier matiz, debería caérseles la cara de vergüenza con sólo mirar lo que en verdad ocurre. Dijérase que su embotamiento ha llegado a un punto de netta deficiencia mental, y precisamente cuando el stalinismo y sus regímenes, desde Europa central hasta Corea, aparece en toda su horrenda realidad incluso a buena parte de su propia clientela.

Por enésima vez desde la guerra^{de} Corea --sin remontar más en el tiempo-- la cuarta degollina entre los descendientes de Israel y de Ismael ha evidenciado que el anti-imperialismo de sentido único es un arma esgrimida por uno de los grandes bloques imperialistas contra su rival, y que son éstos los verdaderos contendientes. Por enésima vez está demostrado que la independencia nacional es realización imposible en esta época de extrema concentración del capital y de su polarización en dos bloques principales. Por enésima vez está visto que esa clase de guerra no se desencadenan sino previa autorización de uno de los bloques y que finalmente son ambos los que hacen e imponen la paz. No importa; el izquierdismo sigue sin darse cuenta de nada, cual si sus funciones intelectuales y su sensibilidad hubiesen regresado a un estadio meramente somático. Incapaz de adoptar una actitud de clase internacional, se comporta en cada ocasión como despreciable sacamuelas propagandista del imperialismo ruso. Digámosle sin ambages que quienes adoptan en cualquier forma que sea la causa del Kremlin --o de Pekín-- se meten también, quiéranlo que no, en el terreno del imperialismo del dólar, porque el capitalismo es uno y el mismo, cualquier bloque disponga de la hegemonía. La cuarta matanza en el Sinaí no habría tenido lugar sin el desierto que reseca la mente de tal izquierdismo.

Los revolucionarios no reconocen fronteras geográficas ni raciales. Y en cuanto a derecho, no reconocen otro que el derecho de los trabajadores a disponer de sí mismos, de la sociedad, de su riqueza.

Rusia y sus intelectuales

El espectáculo recientemente presenciado, de varios intelectuales rusos dirigiéndose a la opinión mundial por encima de su propio gobierno, y no de modo clandestino como habían hecho hasta ahora, sino convocando sin tapujos a los corresponsales de la prensa extranjera en Moscú, tiene una importancia que sobrepasa con mucho el hecho en sí, y el contenido de las declaraciones.

La policía es omnipotente en Rusia, y tratándose de opositores confesos, reincidentes y bien fichados, cada uno de sus movimientos y los de cuantos entran en relación con ellos son espiados, sus palabras registradas sin perder una, hasta el recóndito de las alcobas. Es cosa de antiguo sabida, pero bueno que Soljenitzin se lo clave en la mollera a los intelectuales de occidente y demás secuaces del pseudo-socialismo ruso. La policía (N.K.B.D.), sabía perfectamente para qué eran convocados los corresponsales de prensa, y probablemente tuvo conocimiento oral o escrito de las declaraciones antes que ningún periódico extranjero. Los textos de Sakharof y Soljenitzin, después los de Roy y Medvedef, han salido de Rusia con el consentimiento de la policía, es decir, del gobierno y del amo del gobierno, Brejnev. ¿Por qué tan inusitada, tan arriesgada tolerancia? ¿Porque se trata de hombres mundialmente conocidos? Krhtchef, Molotof, decenas de personajes mucho más conocidos desaparecieron tras el muro de tinieblas gubernamental, sin haber podido decir ay, y sin que sepa su paradero. ¿Para dar una apariencia de liberalización del régimen? No, porque simultáneamente está recrudeciendo la represión y poniendo en juego los métodos de falsificación judicial y de mentidas confesiones que conocieron su apogeo en los procesos anti-trotzkistas llevados a escheha por el ingente criminal Stalin. Ahí está, demostración espectacular pero no única, Yakir confesando ante un tribunal cuantas invenciones le sugieren sus esbirros, pero ^{no} sin haber advertido a sus amigos, todavía libre, que si ^{le} le torturaba firmaría cuanto se le pidiese firmar.

La razón más plausible de la tolerancia gubernamental respecto de los referidos intelectuales, es la lucha de tendencias en el Comité Central y en el Buró Político del Partido-Estado, lucha que se emparenta, por su origen, con la propia disensión de los intelectuales, mucho más amplia ésta de lo que a primera vista parece. Sakharof y compañía cuentan en la alta dirección con aliados que impiden o amortiguan los golpes de la represión. Sin ese valladar, siquiera vergonzante, en lugar de los corresponsales extranjeros habrían acudido agentes de la N.K.B.D., y los declarantes se hubiesen perdido en cualquier mazmorra o en la vastedad siberiana. Nada se hace en Rusia en tal dominio sin el consenso de la policía, lo ha reiterado Soljenitzin, señalando precautoriamente a la policía como responsable de cualquier posible atentado contra su vida y la de sus amigos. Nada, en efecto, escapa a la policía, ni siquiera las declaraciones de Soljenitzin y de Sakarof a los corresponsales extranjeros. No quida ello valor moral a sus denuncias, pues de todo modos siguen expuestos a la peor de las represiones, sin excluir el asesinato, y por otra parte, sus aliados políticos podrían abandonarlos en la estacada en cualquier instante, a cambio de un compromiso con sus adláteres y competidores dominantes. El medio es desleal y vendevidas como entre hampones. Quienes arriesgan son los intelectuales protestatarios y por ello se les debe defender aun sin respaldar su actitud.

Lo más atrevido, importante y revelador es, con mucho, lo dicho por Sakharof. Espeta sin ambigüedad que la economía rusa se encuentra en una situación pésima, y que para salir de ella le es indispensable la ayuda de Occidente; revela, sabiendo de qué habla, que hay baladronada en la exhibición de la potencia militar rusa; advierte que en las condiciones políticas actuales el apoyo económico le sería devuelto a Occidente en forma de bombas atómicas y propone declarar a Rusia en cuarentena, condicionando los tratos económicos a la apertura de las fronteras, la libre circulación de personas, la liberalización del régimen según el esquema de la declaración de Derechos del Hombre. ¡Nada menos!

El hecho es de colosal proporción, jamás visto en país alguno, y precisamente en el país más policíaco del mundo, el autor de tales declaraciones lleva todavía la cabeza sobre los hombros. Por muchísimo menos continúan perdiéndola otros, o van a extinguir su vida en los campos de trabajo forzado y en los presidios "psiquiátricos". Aun siendo grande la autoridad del físico, académico Sakharof, "padre de la bomba H rusa", etc., su llamamiento, asimilable en Rusia a la alta traición, hecho en su nombre o en el de un grupo de simples intelectuales, ni se comprende ni puede ser tomado en serio por ningún gobierno extranjero, a quienes va dirigido en primer término. Es de creer, sin embargo, que en Washington por lo menos están prevenidos quienes correspondan de que tras la proposición de Sakharof hay un equipo gubernamental de relevo.

Confirma dicha presunción el texto posterior de Medvedef (entregado a la prensa occidental también, con igual completo silencio de la prensa rusa). No dice en substancia más que esto: la clase trabajadora y la mayoría de los intelectuales son pasivos en Rusia; la liberalización tiene que proceder de arriba, de las altas esferas del Partido-Estado. Y sugiere que el mismísimo Brejnev le abrirá curso, él, el hombre que se preguntaba, en un libro publicado sólo en Occidente, si "la Unión Soviética" existiría todavía en 1980. Su intervención parece, apenas disimulada, una respuesta del actual equipo gobernante: "nosotros iremos poniendo en práctica, con tiento, lo que Sakharof y los suyos proponen". Digárase que Kissinger y Nixon tienen la opción, como ya la tienen, en otro plano no menos importante, entre Rusia y China. Pero de todos modos la liberalización no se producirá, o sólo como burda engañifa, mera atenuación de las obligaciones serviles impuestas a los intelectuales, sin que por ello cambie en nada la naturaleza del sistema. Es imposible que se produzca sino por una irrupción multitudinaria de la clase trabajadora. Aun así, lo único que cambiaría un régimen político un tanto liberal, serían las posibilidades directas de ir hasta la destrucción del sistema y abrir camino a la revolución comunista.

Llegado ese caso, los Soljenitzin, los Sakharof y los Medvedef serían muy ampliamente sobrepasados. Como tantos otros intelectuales de Occidente y de Oriente, ellos parecen haber hecho suya la falsificación oficial sobre la naturaleza socialista de la economía rusa. Y probablemente, en particular el primero, achacan al socialismo la penuria endémica del país, a más del terror y los crímenes incesantes, aquello que es obra de la contrarrevolución stalinista. En consecuencia, miran la liberalización como un ideal y juzgan improbable, cuando no una amenaza, la intervención de la clase obrera en la escena política.

Para intelectuales que se supone educados y duchos en la concepción materialista de la historia, y que viven la pavorosa realidad cotidiana rusa, esa manera de concebir su propia protesta y su cometido social, es de una superficialidad y un primitivismo desconcertante por su tosquedad. Ello da también idea de la profunda sima que separa en Rusia a los intelectuales, parte de los estratos privilegiados mientras inclinan la cerviz, de la clase obrera y del pueblo pobre en general. Mayor razón para creer que sólo tensiones sociales tremendas, durante largo tiempo acumuladas y ya vecinas a la explosión, pueden engendrar actitudes como la de Sakharof, Medvedef y muchos otros intelectuales y burócratas que no salen por ahora a escena, o que incluso condenan a aquellos de labios afuera. Sin la oposición irremisible y el odio del proletariado al sistema no existiría crisis, y los intelectuales, salvo alguna que otra excepción que se encontraría en Siberia o bajo tierra, se entregarían apaciblemente a sus ocupaciones y a los disfrutes tan abundosos que el régimen les reserva. Cuando un Sakharof se ve en la necesidad de pedir socorro al extranjero, incluso a gobiernos del mismo tipo que el suyo, siquiera menos feroces, es que las tensiones entre explotados y explotadores se han hecho inaguantables. No cabe otra interpretación.

Sin cultura y todo, el proletariado se engaña evidentemente menos que los intelectuales sobre la naturaleza del sistema. Padece su explotación como en cualquier otra parte, disponiendo de menos derechos y libertades que en la ma-

ría de los países. Eso basta para darle luces que no aciertan a distinguir los profesionales del saber, al menos aquellos de que se nos habla. En efecto, se tienen noticias desde hace años de que en las fábricas rusas y en los medios obreros se distribuyen octavillas y circulan textos llamando ardorosamente a la lucha contra el sistema, calificado sin medias tintas de capitalismo estatal y de contrarrevolución. Se sabe que los trabajadores desertan las fábricas en número creciente y que la mayoría de los demás trabajan de muy mala gana, lo que no es extraño a las graves dificultades del capitalismo ruso. Pero sólo cuando la enemiga del proletariado urbano y agrícola a la casta reaccionaria que lo gobierna, esquilma y amenaza diezmarlo en otra guerra halle su plena exteriorización combativa, se verá que los balbuceos protestatarios de los intelectuales y la división de las cumbres del Partido-Estado en facies "humanas" y facies gorilesacas, no es otra cosa que un producto más o menos degradado de la rebelión del proletariado contra el capital.

Durante largos decenios, esa contradicción inherente a todo capitalismo e insoluble sino con su muerte, ha sido escondida en Rusia y ^{para} fuera de Rusia bajo un océano de falsificaciones propagandísticas. Mas la falsificación embutida a martillazos en los espíritus no altera la naturaleza del hecho; la verdad, asediada en los abismos sociales, tiende a manifestarse, no puede dejar de manifestarse, y al cabo emerge con fuerza incontenible. Un día u otro, quizás ya no lejano, lo veremos en Rusia. La caída del zarismo y la propia revolución de Octubre quedarán como fuego de cerillas en comparación con la importancia histórica que cobrará el incendio de la contrarrevolución stalinista.

Nuestra simpatía Vapoyo, dispuesto a transformarse de moral en activo, van, plenos, a los hombres que allí preparan ese derrocamiento. ¿Derechos del hombre, académico Sakharof? Cualesquiera son mezquinos o mentidos si el primero de ellos no reza: "Derecho de cada uno a trabajar, a holgar y a realizar su propia personalidad, sin tener que prostituirse y esclavizarse vendiendo su capacidad de trabajo, muscular o intelectual".

= + = + = + = + =

Poco antes de la publicación de este boletín nos trae la prensa (Le Monde 25-11) la declaración de un ingeniero ruso, Agursky, que no ignora la naturaleza capitalista de Rusia, pero sin que ello le incline a dirigirse al proletariado ruso y mundial en son de rebeldía. No piensa sino en civilizar un poco ese capitalismo con ayuda del capitalismo americano. El ingeniero, amigo de Sakharof al parecer, entra, como aquellos mismos que despotizan desde el Kremlin, en el juego del imperialismo mundial, ninguna de cuyas partes necesita ser tranquilizada sobre lo que en verdad es Rusia. El Chaso Manhattan Bank tiene abierta sucursal precisamente en la avenida Karl Marx de Moscú, mientras en Occidente se implantan sucursales de la banca moscovita y sociedades mixtas de capital ruso y occidental. Tal es el dioma del capitalismo y su única libertad esencial. Que los limitadores de Rusia y sus amigos no sean revolucionarios, ni siquiera de izquierda, como dice bien Agursky, es razón sobrada para decirse al proletariado e invitarle a organizarse contra ellos. Agursky, igual que los anteriores, parece incapaz de sacar tal conclusión. Esa clase de intelectuales son, mentalmente, lo que la contrarrevolución stalinista ha hecho de ellos.

=====

Dirigirse a: Mlle. Nicole Espagnol
125, rue Caulaincourt
75018 París